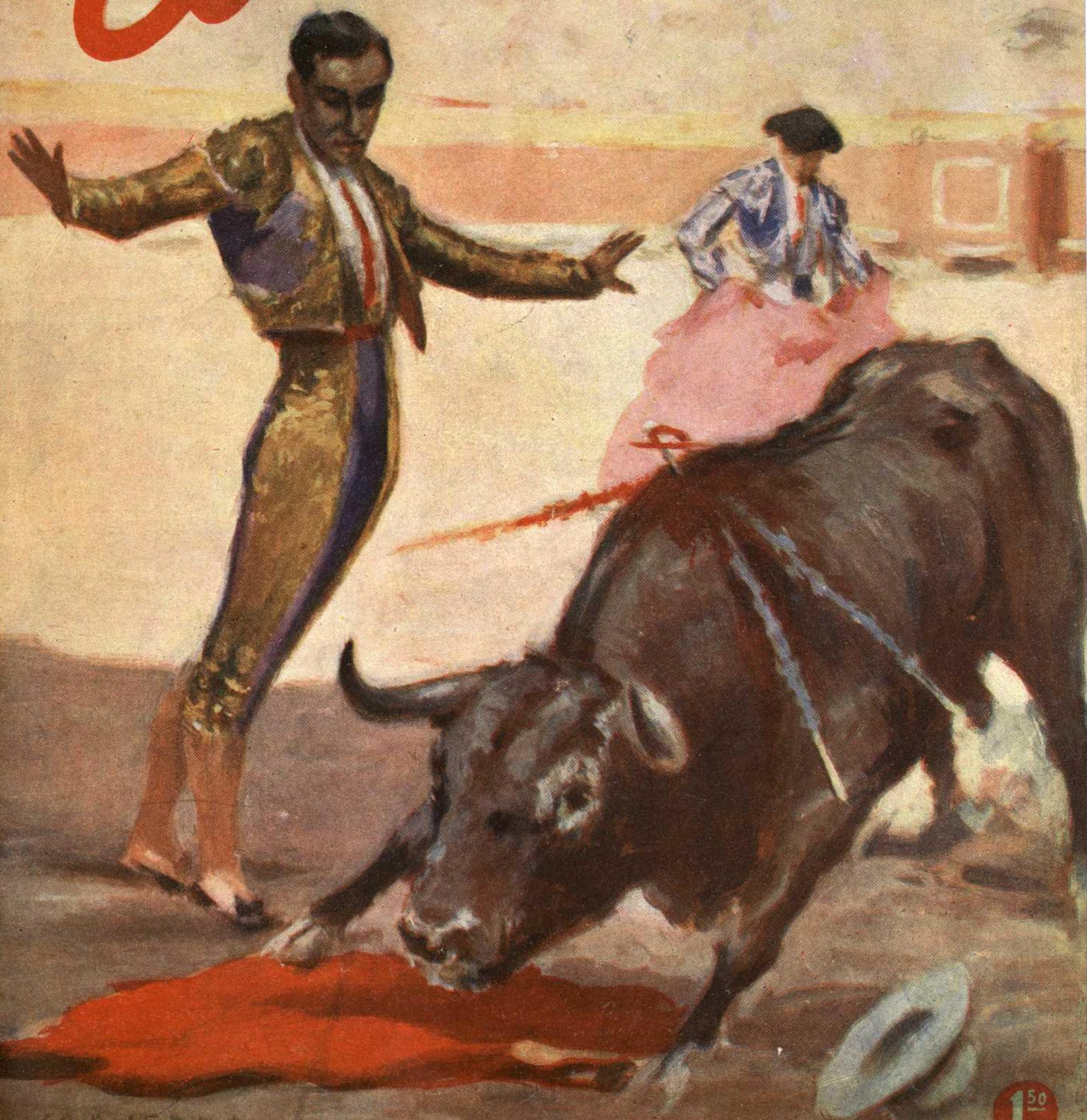


El Ruedo



ZARVEDRA

1⁵⁰
Ptas



ANTONIO CASERO

El Gallo en un adorno
(Dibujo de Antonio Casero)

El Puñado



EN ESTE NÚMERO:

Festival el domingo
en Córdoba

En la foto:

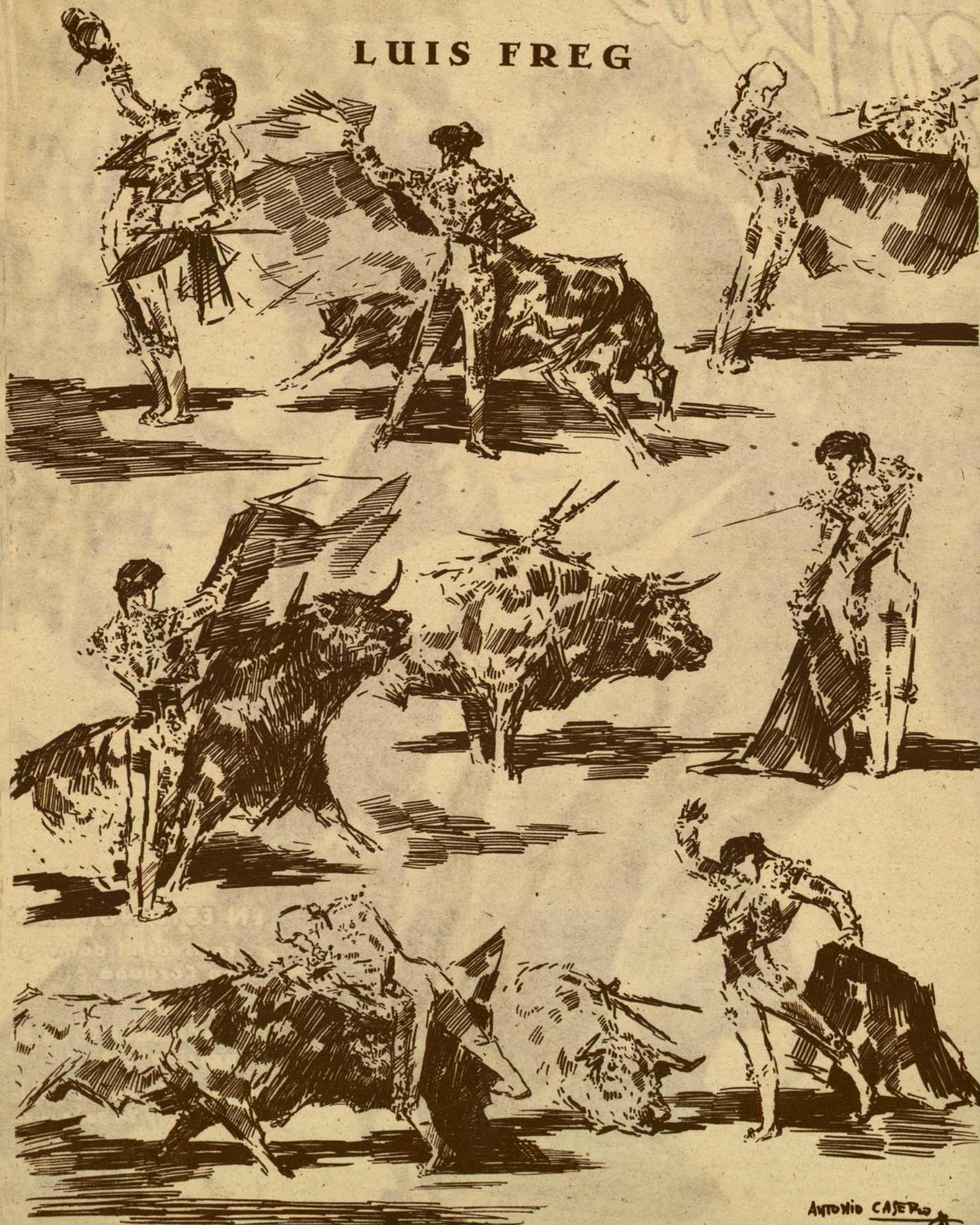
MACHAQUITO, en la
presidencia

Información en las pági-
nas 4-5 y 24 Fot. Ricardo

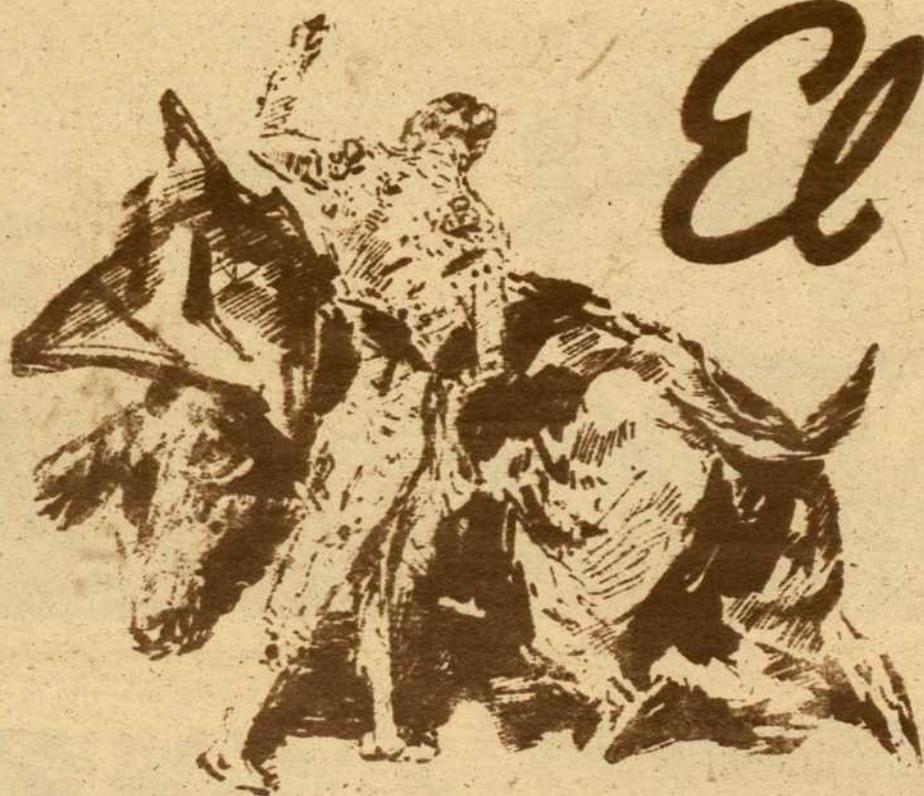
ORO VIEJO

Por ANTONIO CASERO

LUIS FREG



ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año I -- Madrid, 6 de diciembre de 1944 -- Núm. 26



Mararillo de Triana, con su hija en brazos, momentos después del bautizo, que se realizó el viernes pasado. A su lado, el padre feliz, el gran matador de toros Antonio García, Maravilla. (Fot. Manzano.)

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



La indignación de los aficionados ante el toro chico se evidencia muy pocas veces, y, por lo general, injustamente. Se da el caso de que en una misma corrida se proteste con gran alboroto un toro que luego en la romana arrojó veinte o treinta kilos más que los otros que no fueron protestados. ¿Por qué sucede esto?

Pues porque la protesta del público no va, en definitiva, contra el toro, sino contra aquellos diestros a los que supone con capacidad suficiente para enfrentarse con toros de verdad. Es decir, que el público mide, o intenta medir, las posibilidades de los matadores, y mientras a unos lo alienta y estimula, e incluso previene de imaginados peligros, aunque tengan delante una mona,

a otros los chilla estrepitosamente. La reacción es injusta, sin duda, pues no es lógico que se tolere para unos el choto, cuando para otros se exige el toro, y, por otra parte, sería absurda una corrida mixta en ganados, con toros y chotos, cuando los encargados de despacharla son todos matadores de alternativa por propia y libérrima decisión.

La aparente facilidad con que algunos diestros realizan las suertes contribuye a que se vean disminuidas las proporciones del toro, cuando lo que pretende presenciar el público es la lucha heroica y dramática entre el hombre y la fiera. La falta de respeto de los astados, junta con aquella facilidad, ha hecho desaparecer casi por completo ese trágico matiz, pero no hasta el punto de que nadie crea, aunque lo diga, que las corridas podrían celebrarse en un escenario de teatro y que cualquiera, desaparecido el peligro, podría dedicarse a torero y enriquecerse con dos o tres temporadas.

Sin embargo, sin poner remedio al mal evidente de la disminución del toro, todo podría suceder, y la desaparición total de nuestra fiesta se produciría automáticamente.

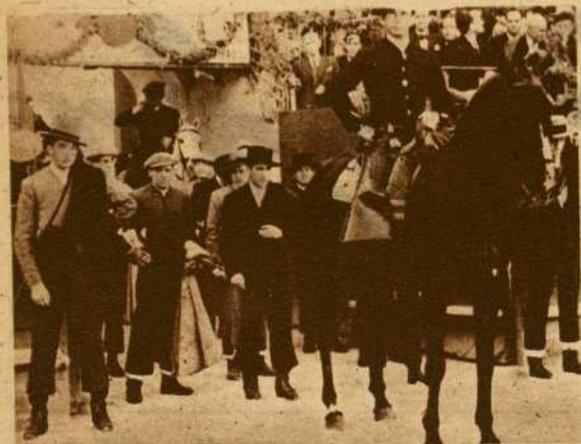
Y esto hay que evitarlo a toda costa. Ganaderos, diestros y empresarios pueden tomar medidas, aunque sacrifiquen algo de sus intereses, y el público, sin demasado alboroto, hacer patente su desvío por el toro chico.

Puede el ganadero limitar sus ventas; el diestro negarse a torear el choto, y el empresario pesar los toros en vivo y hacer públicos los resultados, como varias veces he escrito ya en estas columnas. Es posible que con tales medidas fuera necesario disminuir el número de festejos considerablemente; pero es que sería peor tener que suprimirlos por completo.

Desgraciadamente, y en vista del éxito económico de la anterior temporada, en la que viene habrá más corridas. He leído unas declaraciones en las que un señor apoderado espera obtener cien contratos para su poderdante, y otros se prometen cifras igualmente fabulosas para los suyos. Como se trata de diestros que no torearon en temporadas anteriores, necesariamente habrá que aumentar el número de espectáculos...

A no ser—y esto es un delicado problema—que los doscientos puestos de los nuevos los pierdan nuestros más jóvenes viejos.

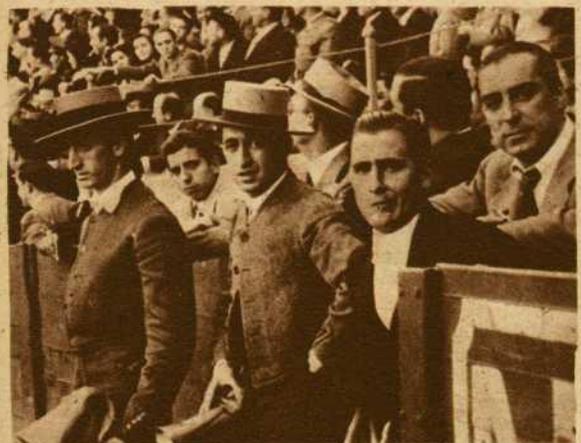
CARTEL DE CORDOBA, EL DOMINGO



Va a comenzar el festejo, Alvaro Domecq, a la cabeza de las cuadrillas, se dispone a hacer el paseillo



Conjunto de bellas señoritas cordobesas que componían la presidencia



Manolete, Juan Mari y Fernando Pérez Tabernero esperan su momento de intervenir



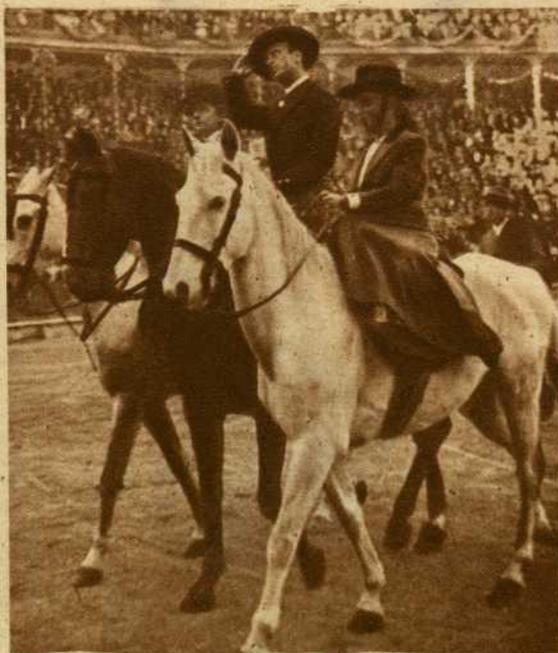
Perico Chicote presenciando el festival del domingo en Córdoba



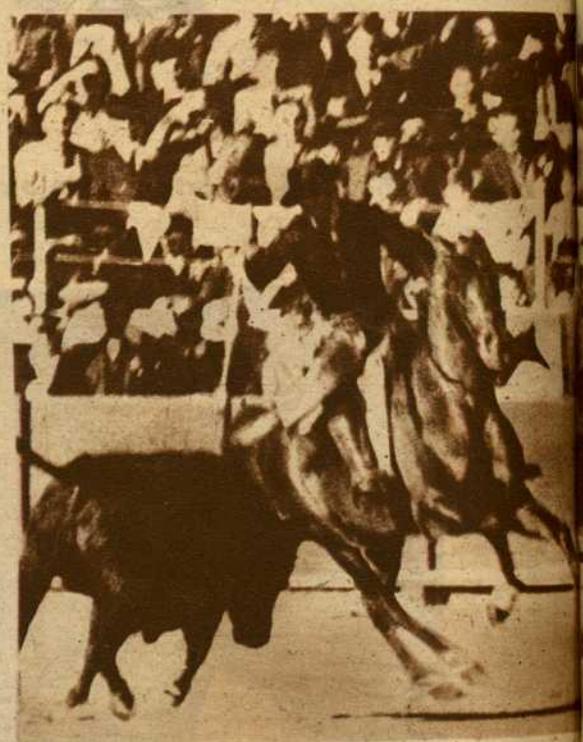
Juan Mari Pérez Tabernero, Pepe Martín, Manolete y Fernando Pérez Tabernero antes de empezar el festival



Una señorita cordobesa que hizo el paseo con las cuadrillas



Alvaro Domecq con las dos señoritas en el paseillo



Domecq colocando un rejón en todo lo alto

CORDOBA, 3. (Mencheta)—A las tres y media, con el ruedo lleno completo, se celebró un festival taurino, organizado por el Regimiento de Artillería núm. 42, con motivo de su Patrona, Santa Bárbara.

Presidieron varias señoritas, ataviadas con la mantilla española.

Salieron las cuadrillas, y durante el paseillo el público las ovacionó, especialmente a Manolete, quien tuvo que salir a los medios a dar las gracias.

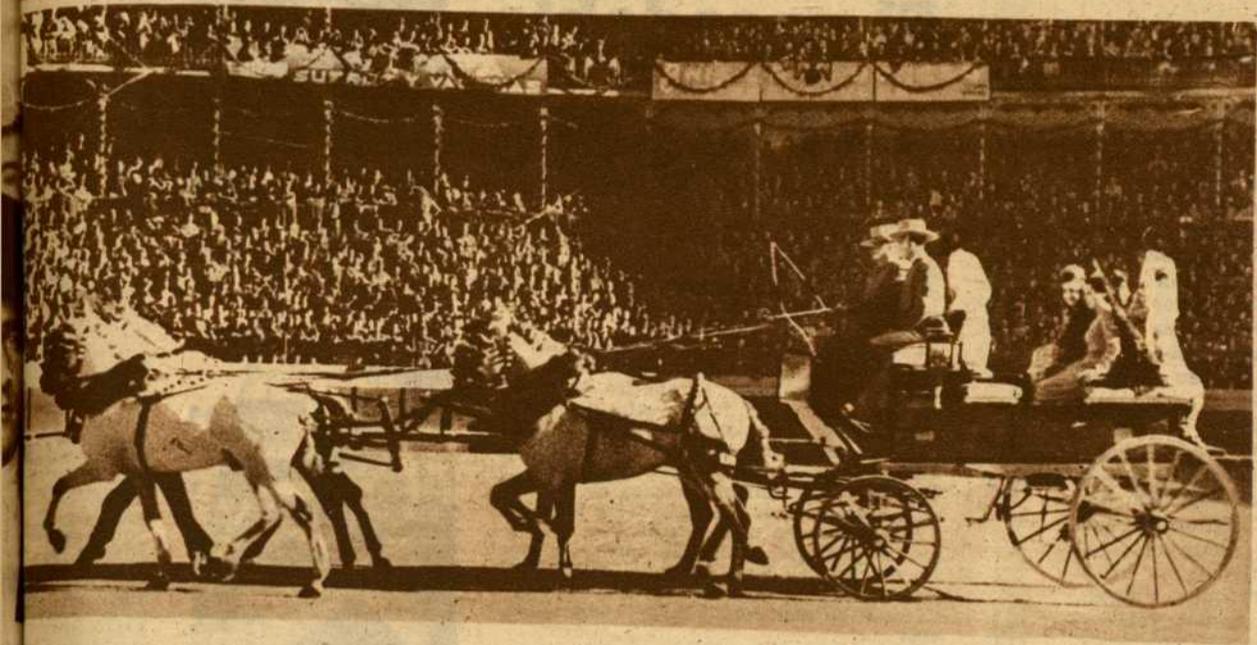
Primero. De Sánchez. Alvaro Domecq juguetea elegantemente y coloca dos rejones superiores. Repite con otro. Cambia por banderillas y pone tres pares soberbios. Termina con el bicho con un rejón de muerte. El toro lo brindó a don Antonio Cañero. Domecq fué ovacionadísimo, cortó oreja y dió vuelta al ruedo.

Segundo. De Atanasio Fernández. Manolete le hizo siete verónicas soberbias, con los pies quietos y de una nera colosal. Cuatro varas tomó el bicho con codicia y bravura. Manolete oye palmas en los quites. Con dos pares de rehiletos pasa al maestro. El cordobés hace una faena apoteósica, con estatuarios, molinetes, moletinas, etc. Música y ovacionazas. Un pinchazo y un estoconazo. Orejas, ovaciones grandiosas y vuelta al ruedo.

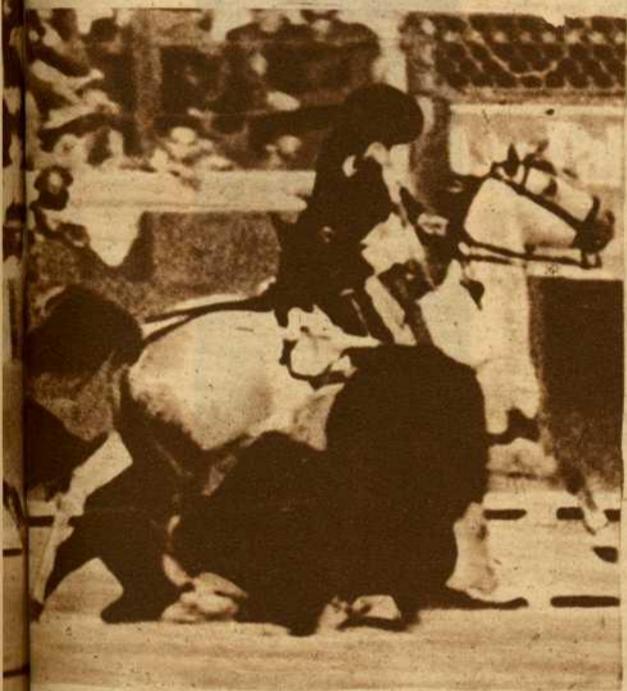
Tercero. De Galache. Juan Mari Pérez Tabernero

FESTIVAL CON MOTIVO DE LA PATRONA DE ARTILLERIA

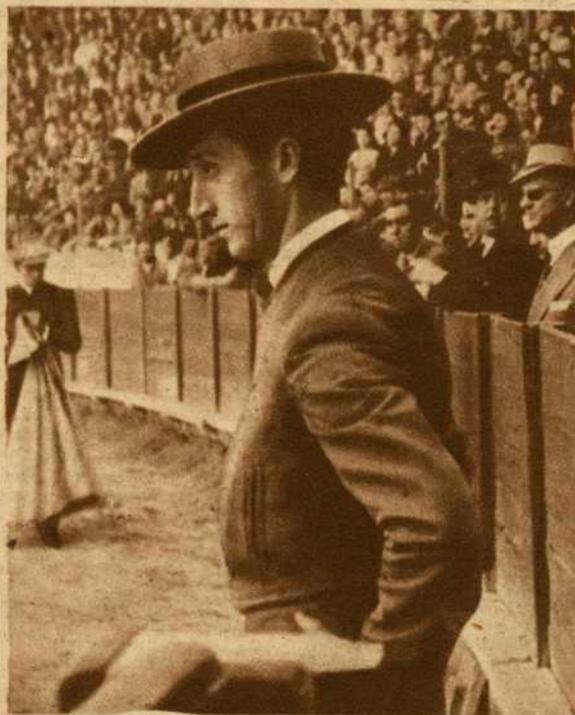
Alvaro Domecq, Manolete, José Martín, Juan Mari y Fernando Pérez Tabernero



Las presidentas hacen el despeje de la Plaza momentos antes de comenzar el festival del domingo en Córdoba



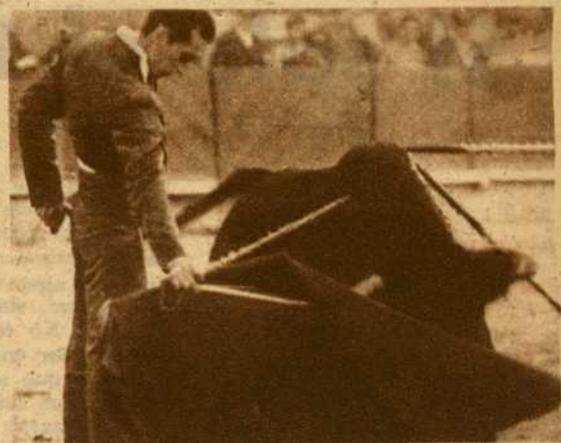
Un buen rejón de Alvaro Domecq a su novillo



Manolete observa cómo banderillean a su novillo



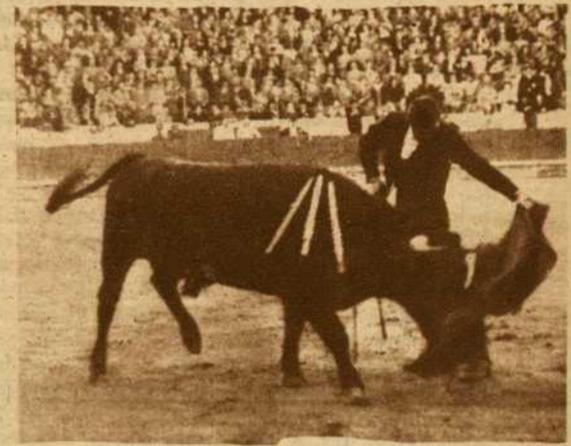
Juan Mari Pérez Tabernero espera que toquen a matar



Manolete en un ayudado por bajo



El aficionado Pepe Martín en un pase con la de recha



Fernando Pérez Tabernero en un natural con la izquierda



El famoso ex rejoneador Antonio Cañero, a quien Alvaro Domecq brindó su toro (Fots. Mari y Ricardo.)

... con
ganancia al novillo con lances buenos. Dos puyazos y
tres pares. Juan hace una faena de cerca, naturales y
manoletinas. Un pinchazo y una estocada baja que pro-
duce vómito. Ovación, oreja y vuelta por la ova-
ción.
Cuarto. De Pérez Tabernero. El aficionado José
Martín lancea sin lucimiento. Tres varas y dos pares
y medio. Martín da varios pases lucidos y con alguna
pesadez. Agarra una estocada hasta el puño. Ovación,
oreja y vuelta, pues la estocada fué formidable.
Quinto. De Angel Sánchez, y bravo. Manolete es
aplaudido en verónicas. Cuatro varas, recargando mu-
chísimo, y dos pares. Manolete brinda desde los medios y
hace una faena inenarrable, con pases enormes esta-
le a varios y de todas clases. Cita al toro a recibir y agarra
una estocada superior y descabella. Gran ovación, dos
orejas, etc.
Manolete y los demás diestros son aplaudidísimos
hacen el centro de la Plaza.
Sexto. De Fernando Santa María. Fernando Pé-
rez Tabernero da unos capotazos valientes. Luego
pasea por bajo y de cerca con valentía. En cuanto
guala el bicho, entra y agarra media estocada y el des-
cabello.
El festival ha resultado un verdadero éxito,

Si sale el toro...

Por EL CACHETERO



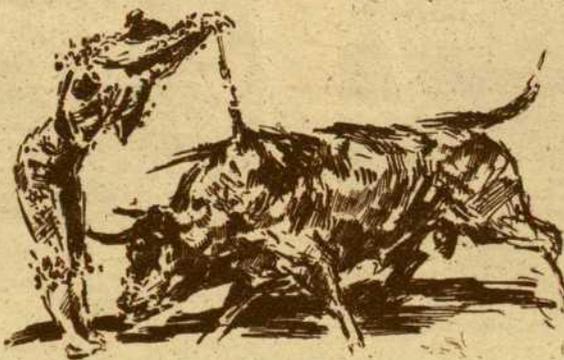
EL vicio de pequeñez, más aún, de inexistencia del ganado, ofrece tantas consecuencias en punto a deformación normal de lo que se entendió por lidia, que agotaríamos no ya una columna semanal, sino muchas diarias en su comento. No es cosa de fatigar ni de monocordear en ello, aunque parece inexcusable que se haga alto en algunas de ellas, las más modestas, al parecer, para que vayan por delante. Uno teme, claro está, que en la temporada venidera las cosas sigan por el ritmo y cauce actual, si no van a peor, aunque tan poco margen cabe ya en lo peor, que parece difícil ser rebasado. Pero supongamos por un momento en que las cosas mejorasen un punto—¿por qué no ha de sentirse uno optimista alguna vez!—y nos hallamos en seguida con una serie

de problemas. Veamos alguno de los que se plantean.

Si los señores a cuyo cargo imputamos en artículos anteriores dolían un poco su camino, tanto los responsables como los coadyuvantes, es decir, si los toros saliesen con un punto de dureza que hubiera que vencer en pura lidia, sucederían fenómenos curiosísimos. Uno, sobre el que algún día volveremos, que no se sabe hasta qué punto el público, que en gran masa ha vuelto a los toros, estaría conforme en que se le escamotearan las bellezas estéticas que ha ido encontrando y exigiendo en la fiesta al modo actual. No se sabe cómo reaccionaría, así, en masa, ante la decarnadura de una lidia, y no se querría tomar a esto con el grito de "¡Vivan las caenas!" Otra cosa, e importante, sería la criba o cerado que la previa exigencia de lidia produciría en los escalafones. No voy a referirme, hoy por hoy, al de matadores, y sí al de subalternos, en el que parece que ocurre una curiosa circunstancia de supervivencia a la sombra del ganado actual.

Si nos fijamos bien, los subalternos de la brega parece que pararon el sol a su favor o que gozan la eterna juventud del jocoso barón de Münchhausen, porque no sé cuánto tiempo se lleva con los mismos, que yo veo, justo es decirlo, muy a gusto, en cuarto me rememoran pasadas épocas en que su plenitud de facultades se compaginaba con la necesidad de una lidia. Hoy se encuentra una cumplida serie de peones de primera fuerza, magníficos, simpatiquísimos, cuya decadencia de facultades conserva una bella solera, pero que se mantienen en plaza sin demostrar su declive gracias a que por mucho que declinasen, más declinó el ganado y la exigencia de su lidia. Así no se nota lo que se pone de manifiesto alguna vez que por equivocación sale un toro que presenta problemas de lidia a resolver. A los más veteranos, por falta de facultades, y a los más jóvenes—pocos hay, pues la supervivencia taponó los huecos—, por falta de conocimiento, se les ve pasar ratos malísimos. Yo los paso también, no ya porque la lidia marcha mal, sino porque veo el peligro azomar sobre algún veterano, que sólo por serlo goza ya de todo mi respeto y simpatía. ¡Si saliese el toro! Algunos de ellos, con la mano en el corazón, reconocerán que tengo razón en cuanto digo. Que con lo que ahora sale, la costumbre y el oficio les dan por resueltos todos los problemas, que a veces se reducen a procurar que el toro no se caiga en un mínimo recorte.

Al plantel de veteranos, que hoy son flor de las cuadrillas, de lo que me alegro, pero aun marchitos, todavía le resta un compás y una prestancia indudables, una vista y un oficio que bien lucen, porque quien tuvo, retuvo, deja poca sucesión. Bien saben que sólo la limitación de su cometido, porque el ganado no necesita más, les impide torear sólo festivales, como los matadores de su promoción. Pero si saliese el toro, la única quiebra sería la de una retirada casi colectiva de buenos peones, porque a la defensiva sólo no se pueda torear, sin que a ellos les sucediese gente de su misma talla. Yo, si de algo me agrada el predominio del torete, es por la alegría de su pervivencia en las plazas. Pero si nos sentimos optimistas en cuanto al toro, habrá que decirles adiós. Aunque, tal como van las cosas, no hay que temerlo, ni por este lado sollamentito lo sentiríamos. Pero a un habría muchas cosas más, que iremos comentando con calma si sale el toro.



El pasodoble del Gallo

Corría el año 1912. Época de estudiante universitario. Transcurría el curso metido en frios, que se mitigaban alrededor de una mesa-camilla con los compañeros que en la villa madrileña cumplíamos una obligación: hacernos hombres. Pero como no era un delito ser joven y gustar de los deportes de entonces, en los que predominaban los toros, porque los demás no habían tomado el incremento de ahora, tan pronto como llegaba la primavera, aquella primavera de hace más de treinta años, que desapareció para convertirse en una época de lluvias, propias de las tierras nortefías, sol esplendoroso y único de Madrid, incitaba a la alegría y a la euforia. Se acercaba el mes de mayo, las fiestas del Patrón San Isidro, el Madrid estallante de animación. Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo, la calle de Sevilla...

Por las calles céntricas, aquellos cuartetos musicales que rodeaban docenas de personas que oían complacidas las novedades zarzueleras. Algo, todo muy de Madrid.

Alegría en cada esquina. Por las vías estrechas, los organillos estridentes con su "chulo" en el marabrio. Van llegando a la Corte los "isidros" de todas partes.

No se puede andar por el centro de la capital. Como ahora, pero sin pitos ni guardias con casco, sin orden de circulación. Era el Madrid castizo que no conocía código de peatones ni pagó jamás una multa por alargar un pie más que otro...

Rasgueaban por plazas y plazuelas los violines estridentes de aquellas cuadrillas velantes de músicos; muchos, verdaderos artistas; los contrabajos profundos nos hacían vibrar el estómago cuando nos poníamos junto a ellos a tararear las canciones del día. A veces, un clarinete llevaba el "canto" de la musquilla. Otras, una bandurria dirigía el motivo. Los modestos profesores veían llenarse sus bolsillos de monedas de cobre.

Madrid festejaba el 2 de mayo como el más destacado día del año. Aquella tarde tenía que figurar en la Plaza de Toros de Madrid, la vieja e inolvidable Plaza madrileña, lo más florido de la barraja taurina que hubiera en España. Y espigado del grupo de ases, Rafael, el Gallo. Era el "divino calvo" la figura popular del toreo.

Lo era por su arte, por su prestancia, exhibida en los clásicos cafés de la Puerta del Sol; contribuía también su pasodoble.

Madrid ardía en sus fiestas de mayo. Millares de forasteros acudían desde las primeras horas al centro; a las once, la parada de Palacio. Después... Entonces se comía—no se almorzaba—a la una. Los toros empezaban pronto. Como los teatros. Como no era uso lo de los cines, los cafés estaban atestados. En todas partes se oía lo mismo: el pasodoble dedicado al genial artista.

Los músicos ambulantes, las orquestas de los cafés, los organillos callejeros no tenían en su repertorio más que el pasodoble del Gallo. Música alegre, sandunguera, vibrante, pegadiza, española... Y tras ella, Rafael, aureolado de fama.

Aquella tarde del 2 de mayo toreaba, ¿cómo no!, el hermano mayor de Joselito. Hervía la Plaza. Doce mil espectadores, de todas las provincias españolas. Antes de salir las cuadrillas, el "divino calvo" luce su puro incommensurable, mientras sonriente mira a los tendidos, plétóricos de público. Una banda ataca el pasodoble, que se acoge con delirio.

Rafael no ha tenido suerte. Aunque todavía no "cultivaba" las españoladas. Las condiciones del toro, su desgracia, los nervios... Por el portón salieron los cabestros y se llevaron a su toro. Los admiradores no tuvieron consuelo.

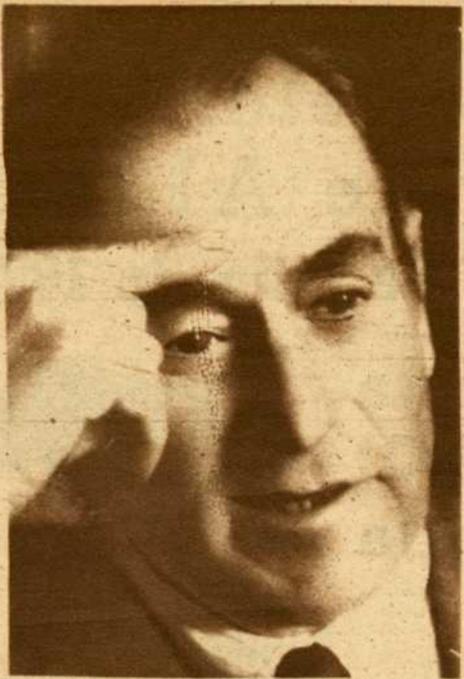
¡Un toro al corral! De aquello se habló trece días. Por las calles no se dejaba de oír el pasodoble. Pero...

A los trece días, el 15, festividad del Patrón de Madrid, Rafael volvía al ruedo de la catedral del toreo. Pesaba mucho el clásico lidiador para que la gente le diera una ovación de pitos. Aquella tarde salió "su" toro.

Y Rafael, pinturero, artístico, inimitable de gracia y de simpatía, hizo "diaburas" con su enemigo hasta matarlo. El conclave, loco, delirante, agitada los pañuelos. ¡Una oreja!

Rafael, sólo en medio del caso, en una mano su trofeo y en la otra los avíos de la muerte, recibía el agasajo popular con la majestad de un "empesado" al que se le rinde vasallaje. Y cuando aquel hombre, lívido de emoción por la grandeza de un pueblo que le idolatra, repite las inclinaciones de su calva cabeza, la música de turno ataca su pasodoble, popular y totero, y el momento se convierte en una demostración de entusiasmo que pocas veces es tan sentimental como el de aquella tarde inolvidable.





El señor Curro Martín Vázquez, en su charla

El señor CURRO MARTIN VAZQUEZ habla de toros y de toreros

"A mí me hubiera gustado que mis hijos no eligiesen mi profesión... pero pudo más su afición que mis consejos"



El que fué gran matador de toros, en la actualidad

mo, ganarse un puesto entre la torería de su época...

—¿Era muy difícil triunfar entonces?

Curro Martín Vázquez, en el grato ambiente de su hogar, rodeado de sus hijos, Manolo, Rafael y Pepín, evoca complacido aquellos principios de su carrera, cuando iba de capeas en capeas luchando con los toros...

—Yo tenía poco más de quince años y en mi casa, donde mi hermano mayor era, desde la muerte de mi padre, quien mandaba, encontraba seriedad y hostilidad... No querían que fuese torero; pero yo, todos los años, cuando llegaba mayo, me iba a la feria de Pruna para tomar parte en las capeas. Hasta que un día, en Alcalá mismo, salí con Faustino Posadas a matar dos novillos de don Romualdo Jiménez, del Viso. Era la primera vez que sentí que me ponía delante de un toro. La prueba resultó bien. Y decidí, definitivamente, dedicarme al toro. Tenía poco más de diecisiete años.

—¿No le precedió entre sus familiares ningún torero?

—No... Ya le he dicho que, por el contrario, en casa no querían que lo fuese... Es verdad que parientes, aunque lejanos, eran los Calderones; pero mi afición nació en el Matadero donde trabajaba, y donde entonces se sacrificaba mucho ganado de media sangre...

—¿A qué torero admiraba usted en esos primeros años de su carrera?

—Los toreros que entonces triunfaban eran Bombita y Machaquito... Pero mi predilecto era Antonio Fuentes.

—¿Fue rápida su consagración?

—Sí... A los diecinueve años toréé la primera novillada con picadores, en Alcalá de Guadaíra, también, durante la feria de agosto. En Sevilla me presenté en 1906 alternando con Moreno de Alcalá y Vito. Se lidiaron novillos de don Carlos Olaurruchi, y también tuve suerte.

—¿Cuándo tomó la alternativa?

—El 13 de septiembre de 1907. Me la dió Fuentes en Barcelona. Por cierto que aquella tarde mi padrino fue cogido en el primer toro y yo tuve que matar cinco espavos... El doctorado me lo confirmó en Madrid Vicente Pastor, con toros de don José Becerra. En el cartel figuraban también Mazzantini y Repaterín.

—¿Cuántas temporadas se mantuvo usted en el escalafón activo?

—Hasta 1923... Es decir, dieciocho temporadas, a treinta y tantas corridas unas con otras...

—... lo que supone que mató usted más de mil quinientos toros.

—Eso es.

—Y... ¿cuántas corridas de Miura habrá despachado usted en esas dieciocho temporadas?

—Muchas... Mire usted, entonces esa ganadería no faltaba a ninguna feria de postín. Yo recuerdo un año, que en la feria de Murcia toréé tres corridas casi seguidas de esa divisa... Hubo temporadas en que toréé nueve corridas miureñas.

—¿De qué faena o tarde guarda usted mejores recuerdos?

—Hombre... Guardo muy buenos recuerdos de la feria abrilena de Sevilla de 1909. La corrida de Miura que toréé aquel año dió un promedio de 405 kilos. Uno de los toros que yo maté—que me hirió en el brazo al recibirlo—pesó 429. También recuerdo otro éxito, con ganado de Miura, precisamente, en Madrid... Me salieron muy bien aquella tarde las cosas, y «Don Modesto», aquel gran crítico tan leído por la afición, me dedicó una crónica ingeniosa y cargada de elogios. En Madrid también, en la temporada 1914, conseguí un

gran triunfo en la lidia y muerte de un toro de Veragua. Por cierto que don Luis Mazzantini, que se hallaba en el tendido, se entusiasmó tanto que, al arrojarme jubilosamente el sombrero, me gritó sonriente: «Así los mataba yo...»

La conversación se detiene en torno a esa suerte suprema del torero: la muerte del toro. Curro Martín Vázquez se entusiasma relatando su dificultad, sus tiempos, su arte... Porque él fué, en esos dieciocho años de activa torería, uno de los toreros que practicaban más perfectamente el volapié.

—Entonces—nos dice—la lidia del toro no era más que una preparación para llegar a la suerte final. Pero ésta se revestía de sublime belleza. El matador, sin prisas ni arrebatos, esperaba que el toro estuviera en su sitio y sólo entonces entraba a matar, marcando, eso sí, los tiempos como mandan los cánones. ¡Si viera usted qué emoción cuando el cuerpo se va tras el estoque y la mano llega hasta el pelo de la res...! Y todo eso dando al toro la salida precisa, esquivando su acometida...

—¿Es cierto que llegó usted a tener un juego de estoques completísimo?

—Así es... Cuidé mucho de que mis espadas tuviesen el peso, el tamaño y el temple precisos... Mi colección tuvo muchos pretendientes. Vicente Pastor, entre otros. Pero yo no quise venderla. Y eso que no sabía que andando el tiempo un hijo mío podría utilizarlas... Porque hoy es Manolo el dueño de la colección.

Un tema tira de otro: el elogio de la suerte suprema ha traído de la mano la afición a los toros de tres hijos, de los cuatro hijos varones de Martín Vázquez.

—¿A usted le agrada que sus hijos sean toreros?

—A mí me hubiera gustado que no lo fueran. El mayor conseguí que estudiase y hoy es todo un señor doctor... Pero en los otros tres pudo más la afición que mis consejos. Y yo no tuve fuerza bastante para impedirlo. Entre otras cosas, porque yo mismo, si naciera de nuevo, no sería otra cosa que torero.

—¿Quién cree usted que ha sido el torero más grande de todos los tiempos?

Curro Martín Vázquez se queda unos instantes pensativo. Y contesta con seguridad:

—Creo que Joselito y Belmonte. Los dos alcanzaron, a mi juicio, tal perfección, cada uno en su estilo, que bien pueden considerarse como los dos mejores toreros de todos los tiempos...

—¿Y de los actuales?

Manolo Martín Vázquez interviene. No quiere que su padre, por delicadeza natural, conteste.

—Papá...

—Iba a decir que mis hijos me parecen los mejores. Pero que yo no puedo ser juez en este pleito, porque no sería nunca imparcial.

Martín Vázquez nos muestra unas fotografías que su esposa guardaba con amor y empeño. En todas ellas se aprecia lo que entonces tenía de lucha feroz el torero.

—Mire usted esa cabeza de toro... De pitón a pitón mide casi un metro. Ya comprenderá usted por qué en mis tiempos no podía practicarse el toro de hoy. Probablemente, la afición actual no le entusiasmaría tanta dificultad. Es más, hoy volverían a los corrales muchos toros que entonces merecían la aprobación del público.

La conversación ha vuelto a girar alrededor de la dureza de la fiesta en los años en que Martín Vázquez mantuvo su nombre entre las primeras figuras de nuestra torería. Curro Martín Vázquez sufrió, a lo largo de las dieciocho temporadas que estuvo en activo, catorce cogidas. De ellas, tres graves.

—La peor fué la de Lima. El toro me había clavado medio pitón en el pecho. Los médicos creyeron que me moría. Pero Dios dispuso otra cosa. También fueron muy graves las cogidas que sufrí en el Puerto de Santa María y en Granada...

—¿Cuándo se retiró usted de los toros?

—En 1923. La última corrida la toréé en Antequera con Alcalareño... Había conseguido labrarme un bienestar y me retiré para cuidar mi hacienda. Desde entonces casi puede decirse que vivo consagrado a mi casa y a mis hijos. Mis únicas distracciones son el campo; tenemos una finca de olivar en Dos Hermanas, y de vez en cuando una tertulia de viejos amigos, a la que van con frecuencia Emilio Torres, el Bomba, y José García, el Algabeño...

El interrogatorio toca a su fin. Pero la amabilidad de Curro Martín Vázquez pone un epílogo de charla intrascendente a la entrevista. Antes de marcharnos, volvemos al tema taurino, con nuestra última pregunta:

—¿No ha sentido usted nunca deseo de volver a torrear?

—Pero ahora es Pepín, el benjamín de la dinastía de Martín Vázquez, el más reciente doctor de la casa, quien contesta:

—Ya lo creo... Y yo no pararé hasta que no lo vea ante un novillote. Y a ver si entonces nos explica prácticamente esa lección del volapié que hace poco le refería.



Don Francisco Martín Vázquez con sus tres hijos toreros: Manolo, Rafael y Pepín. (Fots. Arenas.)

La última corrida de toros celebrada en la Plaza de la Puerta de Alcalá Fué la 15.^a de abono, verificada el día 19 de julio de 1874



Frascuelo

Se lidiaron toros de Aleas para LAGARTIJO y FRASCUELO, actuando de medio espada ANGEL PASTOR

Los dos grandes matadores vestían de azul y oro

CIENTO veinticinco años tuvo de existencia esta Plaza de Toros, cuya inauguración data del año 1749, actuando en dicha solemnidad, que revistió caracteres de acontecimiento nacional, El Pamplonés, El Valenciano y Antón Martínez. Estaba enclavado el edificio en las inmediaciones de la Puerta de Alcalá, a extramuros de la capital, como lo están las necrópolis y las casas de salud. Saliendo de la Puerta de Alcalá, a la izquierda, asomada al camino de Alcalá—entre las calles de Lagasca y Claudio Coello—, allí estaba lo que pudiéramos llamar la sede del toro adulto.

En sus últimos años de vida asistió al desbordamiento urbano de la villa, cuando el marqués de Salamanca se le ocurrió la idea de construir la barriada que lleva su nombre.

Fué el caso romántico por excelencia. En él quedó simbolizada para siempre, ante propios y extraños, la fiesta torera. Allí se sentaron los primeros jefes para la lidia a pie y quedó subvertido el sentido social por cuanto que los caballeros dejan de ser contemplados por la plebe en la Plaza Mayor, y es precisamente la Nobleza la que acude al nuevo circo a admirar las proezas

a pie firme de los Romero de Ronda, de Paquiro, los hermanos Sombrerero, Pepe Hillo y Rígores; de Oúcharés y su yerno el Tato; el dominio de Juan León y la elegancia de Cayetano Sanz; los volapiés de Costillares, y el arte embrujado del Chiclanero; la bravura de Manuel Lucas Blanco, el torero ajusticiado; la majeza de su hijo Juan y los quiebros maravillosos del Gordito, el terrible rival del Tato...

En esta Plaza se inició la literatura taurina con la publicación de la primera reseña de toros, año 1793. La primera gran tragedia del nuevo circo—Pepe Hillo—es immortalizada por el genio de Goya.

... Y una viuda, de luto,
en cada palco lloraba...

Los papanatas que vemos en el lienzo de la vieja Plaza son los grupos que llenan el espacio que andando el tiempo se haría célebre con el nombre de *tendido de los sastres*. También se ve el calesín cargado con dos muletas, carruaje del que nos habla emocionado Teófilo Gautier en su "Viaje por España". El grabado nos dice cómo era el exterior del caso, la indumentaria, los tipos y costumbres de la época. No falta en el cuadro la madre de sainete, ni el gigantesco soldado sin "posibles", ni el can que también quiere enterarse de lo que pasa y por qué vocifera la gente dentro de la Plaza. Tampoco andarán muy lejos el duque elegante y la marquesa enamorada de Pepe Hillo, immortalizada en las quintillas picarescas de autor anónimo. Ahí está toda la gracia dieciochesca, el pedazo de villa donde quedó encantado el tiempo y donde el ambiente tiene el sabor antañón de los cronicos emocionales. Esos sombríos portones que vemos al fondo de la pared enjabelgada se abrían en las tardes luminosas de corrida para dar paso a la heterogénea y brava multitud del XIX, aquella gente que hizo estrellar las fauces a la francesada capitaneada por Napoleón.

Todas las calesas y calesines del viejo Madrid salieron de sus cocheras para ir a los toros a la Puerta de Alcalá o para dar "una vuelta" la mañana de días de corrida por los Campos Elíseos, poco más allá de lo que hoy son Escuelas Aguirre.

El domingo 19 de julio de 1874 es un día de verano, verdaderamente tropical. El sol arde fieramente y sudan los botijos. Se va a celebrar la última corrida de toros en la romántica Plaza. Es la décimoquinta corrida de abono de la temporada. Hay expectación porque es la última y tocan los dos ídolos predilectos, Lagartijo y Frascuelo, que ya llevan unos años dirimiendo la tremenda pugna. Después, ya sólo habrá novilladas de

poca monta y mojigangas hasta el 17 de agosto, en que Jáqueta, que ha renunciado a la alternativa, estoquea los dos últimos novillos "con puntas".

Aparece pintada la emoción en el rostro de los espectadores por la solemnidad de la fecha y porque siempre es triste el adiós definitivo a las cosas amadas.

Se está despejando de aficionados el ruedo para hacer el paseo las cuadrillas, cuando dos linajudas damas arman en el palco 76 una trapatista de padre y señor mío. Disputan sobre cuál de las dos ha de ocupar la delantera, y como no se puen de acuerdo, se acomodan con saña, golpeándose con las sombrillas, mientras el público lo celebra de lo lindo.

El marqués de Puerto Seguro, que preside la corrida, da la señal para el comienzo y desfilan las cuadrillas de Lagartijo y Frascuelo, llevando de medio espada a Angel Pastor. Detrás van los banderilleros José Gómez, El Gallo; Juan Molina, Esteban Argüelles, Armilla; Pablo Herráiz, Victoriano Alcón, El Cabo, y Victoriano Recatero, Regaterín. A éstos siguen los picadores Antonio Benítez, El Grapo; El Francés, Francisco Gutiérrez, Chuchi, y el viejo Antonio Calderón. Los espadas visten de azul y oro, muy a tono con el azul y oro de la histórica jornada.

Don Manuel García Puente y López, que es el propietario de la antigua ganadería de Aleas, ha mandado seis ejemplares, cinco de pelo retinto oscuro y uno colorado, ojo de perdiz. Sus nombres son: Cieguito, Bellotero, Baratero, Rabilango, Romero y Descolorido, los cuales fueron lidiados por el orden enumerado.

Lagartijo aprovechó la bravura y nobleza del primer toro para realizar una de sus primorosas faenas, compuesta de un pase cambiado, tres naturales, uno por alto, otro cambiado y una gran estocada, desbordándose el entusiasmo entre la concurrencia. En cambio, en el tercero fue pitado por una faena movidísima e incolora, abusando su hermano, el gran Juan Molina, de los capotazos para "aliviar" al matador. Faena mala y pesada, en la que se registraron doce pases naturales, doce con la derecha, cuatro medios muletazos y uno por alto. Entró a matar seis veces, coñándose fuera, e intentó el descaltillo otras dos. Tampoco se sacó el Califa la espina en el quinto. Adoptó muchas precauciones y hubo bailoteo y desconfianza. Empleó diez naturales, nueve con la derecha, cinco medios pases, cuatro por alto y uno cambiado. Entró feamente a matar y salió perseguido por el toro, interponiéndose bravamente Frascuelo y haciéndole el quite. Después colocó una estocada que acabó con la vida de Romero.

Frascuelo, que en un recorte había arrancado a este toro la divisa, regaló el distintivo verde y caña a unos espectadores del tendido dos. Al cornear este toro a punta de capote, Salvador perdió el estribo de la barriera al intentar saltar, y doblando el pecho sobre la valla levantó las piernas, salvándose así de las cornadas que le tiró la res. Pablo Herráiz aupó a Frascuelo desde el interior del callejón y gracias a esto se evitó una segura tragedia, resultando el granadino con fuertes varetazos y contusiones.

El Negro de Churriana oyó una gran ovación al matar al segundo toro de la tarde de una estocada honda, entrando bravamente y saliendo rebotado. La faena fué corta y corajuda, compuesta de tres naturales, uno de pecho, otro alto y uno cambiado. Otra faena desde cerca, pero muy movida, empleó en el cuarto. Dió cuatro pases con la derecha, uno alto, otro de pecho y uno cambiado. Lo mató de una estocada caída, entrando con su acostumbrado valor, oyendo muchos aplausos. El Buñolero, acreditada institución de la Plaza del camino de Alcalá, y luego de la del camino de Aragón, descubrió el arrojito de la verde puerta del toril y saltó a la arena Descolorido, el último toro. Se declaró manso a las primeras de cambio y sólo consiguió el Chuchi rasgarle la piel dos veces, por lo que fué condenado a fuego. La orden del bombardeo infamante fué cumplimentada por Regaterín y Angel Pastor, quienes colocaron tres pares de banderillas. Frascuelo, corriendo tras el buey y sujetándole como pudo, hizo una faena compuesta de siete medios pases y dos naturales muy movidos. En la primera igualada, señala un pinchazo en lo duro y a continuación una estocada entera que da fin a la vida de Descolorido y a la historia de la célebre Plaza, en la que se lidiaron 8.810 corridas de toros y se mataron 38.100 astados, sin contar las novilladas y festejos de poca consideración.

AGUSTIN ALVAREZ TORAL



Lagartijo

UN ESPECTACULO INOLVIDABLE

EL TORO JOSÉ

Por W. FERNANDEZ FLOREZ



Cuando proclamo que nunca me apasioné por una corrida de toros y hasta que en todas las que he visto sentí el deseo de abandonar la Plaza al cuarto de hora, digo la verdad. Pero si me preguntan si sé lo que es el encendido afán de los aficionados, esa emoción que borra en nosotros y fuera de nosotros cuanto no sea la lucha a muerte entre el hombre y la bestia, ese impetu incontenible que nos mueve a aplaudir y a gritar, a rugir nuestra aprobación o nuestro desagrado, a arrojar al ruedo nuestros cigarros, nuestro sombrero, nuestra americana y nuestra botella de vino... si me preguntasen eso, yo tendría que responder:

—Sí; lo sé, lo he sentido una vez en la vida. Y no podré olvidarlo jamás.

Ignoro si esta confesión impulsará a reconciliarse conmigo a tantos y tantos devotos de la fiesta nacional que me reprochan mi encogimiento de hombros ante sus entusiasmos y mi incapacidad para comprender ese galimatías en que se expresan al comentar su

diversión favorita. Ignoro si, por el contrario, atizaré sus rencores contra mí. No me importa. Escribo esta confesión porque espero que caiga bajo los lentes de algún buen psicólogo y que quizá ese buen psicólogo disponga de sagacidad para explicársela y enriquezca su colección de conocimientos de las reacciones humanas.

Si: una vez enloquecí de entusiasmo al presenciar las peripecias de una lidia. No las olvidaré jamás. El toro tenía treinta y cinco años. El torero era de las cercanías de Luarca. No... nada de nombres propios, nada de marcas de ganadería... Yo referiré solamente aquello que sea discreto contar.

Comíamos en casa de mi amigo Moscoso y éramos doce personas alrededor de una mesa tan bien abastecida como pudo estar la de un emperador romano. Media hora antes de acercarnos a aquella altiplanicie sembrada de plata, de flores y de cristal, nos dedicamos a macerar las mucosas estomacales con cócteles deliciosos, de los que nos hacen creer guapas a todas las mujeres e ingeniosos a todos los hombres, y colocan una alto coeficiente a la fórmula de la estimación que sentimos por nosotros mismos.

No me parece indispensable relatar los incidentes de la comida, únicamente diré—por si pudiese tener alguna relación con lo que después sucedió—que el vino blanco estaba deliciosamente fresco; el tinto, enternecedoramente tibio, y el champaña era auténticamente francés. Me resulta imposible precisar cuál de ellos fué bebido con mayor decisión y simpatía.

A la altura del café se habló de toros.

Había en la reunión algunos buenos aficionados, y la mayor parte de las señoras asistían con frecuencia a las corridas. El tema fué, por lo tanto, bien recibido y no tardó en generalizarse la discusión, que es el clima natural del aficionado, porque al aficionado no le gusta hablar de toros, sino discutir acerca de toros, y nunca le oírás decir: «Ayer estuve hablando de toros...», sino: «Ayer estuve discutiendo de toros».

Bien; pues unos decían que si Juan Belmonte, y otros que si Joselito, y luego que si Chicuelo, y después se remontaron a Lagartijo y a no sé cuántos más, y también elucidaron si los toros de Palhas o los de Miura o los de no sé quién se portaban en las Plazas como toros, como tigres o como gatos. La verdad es que aquello no me interesaba mucho. Uno de los invitados—llamémosle José—desarrolló una teoría acerca del más conveniente sistema de muletear a los veraguas, y le contradujo otro invitado, que era de los alrededores de Luarca, acusándole de no saber lo que eran los toros y de confundirlos con las almejas.

Esta impresionante imputación estalló en el ámbito cuando los caballeros habían bebido tantas copas de coñac como las señoras de anís, y se produjo cierta algarabía al afirmar José que, como él era cordobés, nadie que hubiese nacido en el Principado podía darle lecciones taurinas, y se ofreció a demostrar, haciendo de toro, que el de Luarca ignoraba cómo se mueve un capote.

En un instante apartamos los muebles y quedó preparada la estancia para realizar la prueba. El de Luarca se apercebó con un mantel; José alzó las manos a uno y otro lado de la frente para imitar los cuernos (lo que causó gran hilaridad entre las señoras, sin que yo sepa por qué), se arrancó y... tras un momento de estupor vibraron los «¡olé!»... El asturiano le había dado al otro dos naturales y un ayudado tales que, según decían a mi alrededor, jamás se había visto nada parecido. El mismo toro estaba visiblemente perplejo, pero quiso disimularlo y afirmó:

—Bueno..., eso lo ha hecho usted porque no hay peligro; pero si mis manos se convirtiesen en cuernos...

—Aunque fuese usted un búfalo—respondió el otro.

José empuñó un par de tenedores.

—¿Y ahora?—preguntó, desafiador.

Luarca descolgó de una panoplia un machete malayo.

—Vamos allá—retó alegremente.

La delicia de presenciar tal encuentro influyó en el nivel del anís y del coñac en sus respectivos vasos. Nos subimos a las sillas para disminuir las probabilidades de resultar heridos, y prorrumpimos en voces animadoras:

—¡Toro! ¡Toro!

—¡A ver ese arte, Luarca!

—¡Olé!

El toro José, con un tenedor en cada mano, se portaba muy correctamente, porque no abusaba de su pasado de hombre y sólo utilizaba sus conocimientos de tal para portarse exactamente como lo haría cualquier toro; ni estiraba los brazos, ni le buscaba las vueltas a su enemigo... era, en fin, lo que se dice un toro, y llegó a dar la impresión de que nunca había sido otra cosa.

Y va Luarca y... una chicuelina..., y un farol..., y una verónica... Todos estábamos delirando.

—¡Mátalo ya!—gritaban unos.

Y la angelical señorita de la casa apoyó, enardecida:

—¡Mátalo!

—¡Alto! ¡Alto!—clamó otro comensal, saltando de su silla al ruedo.

Todos creímos que deseaba más coñac, pero no era eso. Es decir: quería coñac, pero el principal impulso que le había movido a interrumpir la lidia era el de aclarar que si Luarca mataba bien al toro José, habría que darle la oreja. Y podía ocurrir que José, aunque estuviera dispuesto a morir, negase a la mutilación; y entonces...



—Que me corten la oreja—aceptó el toro.

La dueña de la casa reclamó para ella el placer de seccionarla, si llegaba el caso. Se acordó así.

En la faena preparatoria, ora un tenedor, ora otro, hicieron presa en el smoking de Luarca y lo desgarraron, lo que aumentó el frenesí que nos dominaba. El toro José mugía ya de cansancio; pero, según proclamaban los entendidos, era noble y codicioso. Cuatro amigos nos habíamos puesto ya de acuerdo para hacer de mulillas, cuando lo matasen, y arrastrarlo por toda la casa.

—¡Ahí lo tienes ya!... ¡Tírate!—comenzaron a decirle a Luarca. Luarca agitaba levemente el mantel mientras apuntaba al toro José con el machete. El toro José aseguraba sus dedos en torno al tenedor de la derecha con una expresión sospechosa en el rostro. Se veía que preparaba una tarascada.

—¡Tírate!

Y Luarca advirtió:

—No está cuadrado.

Era verdad: no estaba cuadrado. Y no lo pudo hacer cuadrarse nunca. Al fin, ya comenzamos a aburrirnos e insultábamos al toro José:

—¡Pero déjate cuadrar, idiota, que así no puede matarte!

Y el toro José gruñía, sin perder de vista al torero:

—¡Sí, que soy tonto!

Por culpa de esta terquedad no se le pudo dar ni una estocada, y así acabó la fiesta. Todos reconocieron que había sido un espectáculo inolvidable, y yo también. Abracé, para felicitarlos, no sólo al torero, sino al toro.

Fuera de aquella ocasión, nunca me enardecieron las corridas.



"Saltando la barrera" (óleo de José Denis)

EL ARTE Y LOS TOROS

JOSE DENIS y sus pinturas de asuntos taurinos

Un artista olvidado que pudo ser uno de los mejores de España

Por MARIANO S. DE PALACIOS

TRES temas antitéticos, característicos del espíritu hispano, tienen predominio en nuestra pintura: el místico, el romántico y el taurino. Murillo, Velázquez, "El Greco", Ribera, Zurbarán etc., de un lado; Madrazo, Esquivel, Rosales, Pradilla, Ferrant, de otro, y Goya, Lucas y Aenza, hasta los contemporáneos, en el último aspecto, o sea, en el taurino, del que semanalmente nos venimos ocupando.

Partiendo de Goya y los grabados del XVIII, los pintores sucesivos, apoyándose muchas veces en la técnica, en el estilo y, sobre todo, en la técnica de los grandes maestros, producen su labor, que viene a enriquecer las colecciones particulares, cuando no las salas más importantes y valiosas de los museos españoles.

Si nuestra labor consiste, precisamente, en ir, poco a poco, recogiendo de esta dispersión artística toda la labor pictórica taurina realizada hasta la fecha para traerla a este gran ventanal de la Prensa, por el que se divisa todo el programa de nuestra fiesta nacional, de ayer y de hoy, de su pasado y presente, hemos de ocuparnos de la obra de José Denis, pintor malagueño de reconocida valía y destacado talento creativo, que no hubo de encontrar a lo largo de su carrera otro enemigo que la propia abulia de su temperamento, bohemio e indiferente, acaso común en multitud de artistas, más esclavos de la despreocupación de sus vidas que del orden y el sistema, de la rigidez administrativa ce-

rebral y económica, acaso en pugna con esa inconsciente apatía que caracterizó a muchos hombres de talento que alcanzaron la más envidiable fama.

Denis es pintor pensionado. La Rama eterna, cuna de Césares y de Papas, bastión del arte occidental, con su ciclo y su luz mediterránea y con el panorama bucólico y romántico de su célebre campiña, serena el espíritu impresionable e inquieto del joven ar-

tista malagueño. Denis no se siente extranjero en Roma. No puede sentirse, porque encuentra concomitancias de nuestra cultura, de nuestro arte y de nuestra habla con la de la Ciudad Eterna, de la Via Apia y del Foro, y semejanzas en la luz con la claridad deslumbradora de la Andalucía luminosa y calenturienta, apacible y sensual, arrullada por el manso e indeciso oleaje mediterráneo. Y tan no se siente extranjero Denis en Italia, que su obra responde a la inspiración española, que no se pierda, difumina ni desvanece, en las viejas calles romanas, llenas de tradición y de historia. Y como es español, a Dios gracias, y andaluz por añadidura, ya en su primer envío, en 1872, a la Exposición de Málaga, figura, entre otros, su cuadro "Un lance de toros", con el que había de iniciar la serie taurina de sus lienzos, llamados a formar parte de la numerosa y meritisima colección pictórica que un día integrará nuestro cada vez más necesario Museo Taurino.

La nostalgia de su tierra trae un día a José Denis a España. Necesita recrear su vista con las viejas callejas malagueñas, enfriar la calentura de su sangre joven en los patios suavemente refrescados por el soplo del surtidor, cabe las antiguas casonas, y respirar el aire puro y sano que hoy orea el Limonar y la Caleta, y cuando ya se ha saturado de españolismo, cuando ha vuelto a abrazar a su madre, que idolatra, vuelve a Roma, para sentirse aún más artista en su producción, empapada de nostalgias y añoranzas, que hacen más sugerentes y evocativos sus pensamientos.

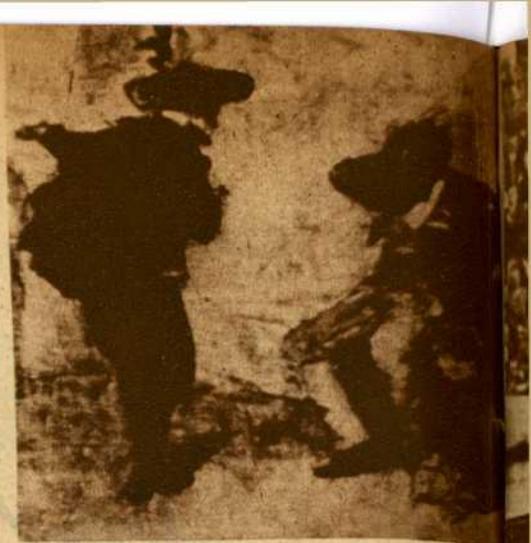
El tic-tac del reloj del tiempo va haciendo pasar los años, 1876, 77, 78..., hasta 1887, en que la Exposición de Bellas Artes de Madrid ofrece al interés y la curiosidad del público obras como "Después de la corrida", que hoy enoja una de las salas del Museo Provincial de Bellas Artes de Málaga, acaso una de las mejores de su interesante y rica producción, a la que había de añadir "Una puerta de veras". Mas he aquí que tres cuadros de José Denis, el genial discípulo de Ferrándiz, queremos mostrar y ofrecer hoy en esta galería de arte de EL RUEDO: "Quite del espada", "Saltando la barrera" y "Boceto taurino".

Tienen las dos primeras telas el sello inconfundible y la influencia de quien sabe rendir una admirativa pleitesía al genio incomprensible de Goya.

Hay rostros, pinceladas, actitudes, colorido, en fin, que nos retrotraen a épocas anteriores a aquellos días en que el "monstruo de la pintura" dejaba trazado un camino que habían de seguir no pocos admiradores y adeptos, discípulos, a lo largo de aquel pintor que no desdijo hacer retratos de toreros y realizar escenas de toros, al tiempo que posaba para él lo más linajuda de una Corte cuyo primer modelo fue el rey Carlos VI.

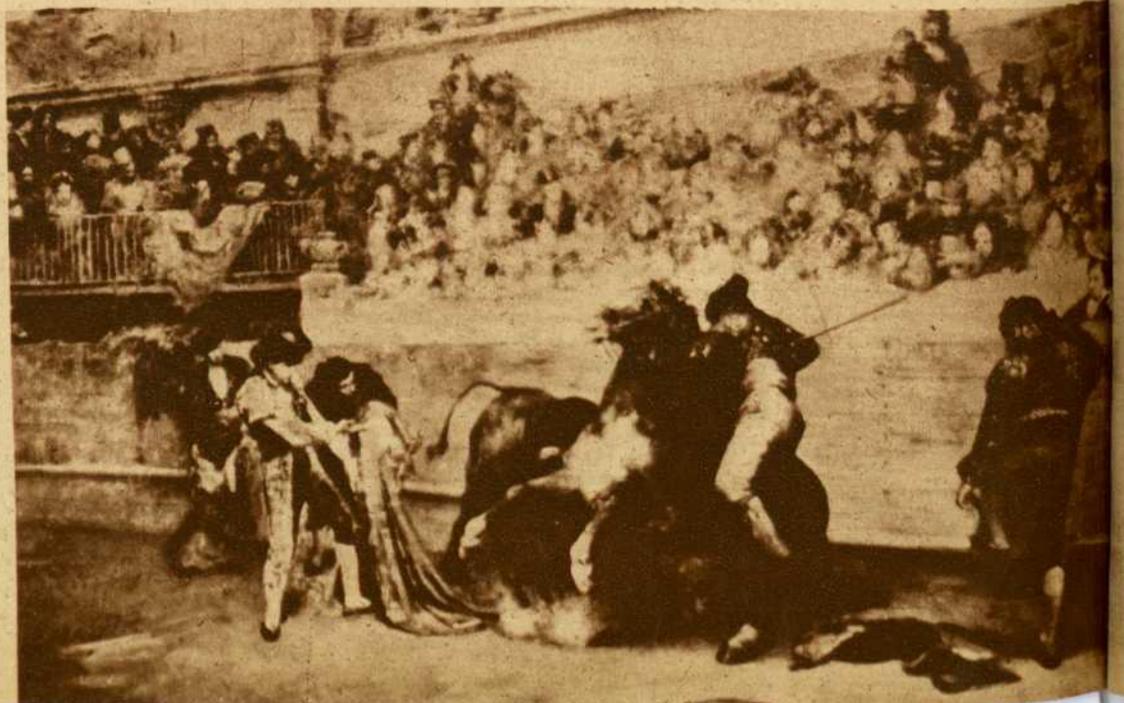
No olvidemos, no, a este pintor. Sería una ingratitud el hacerlo.

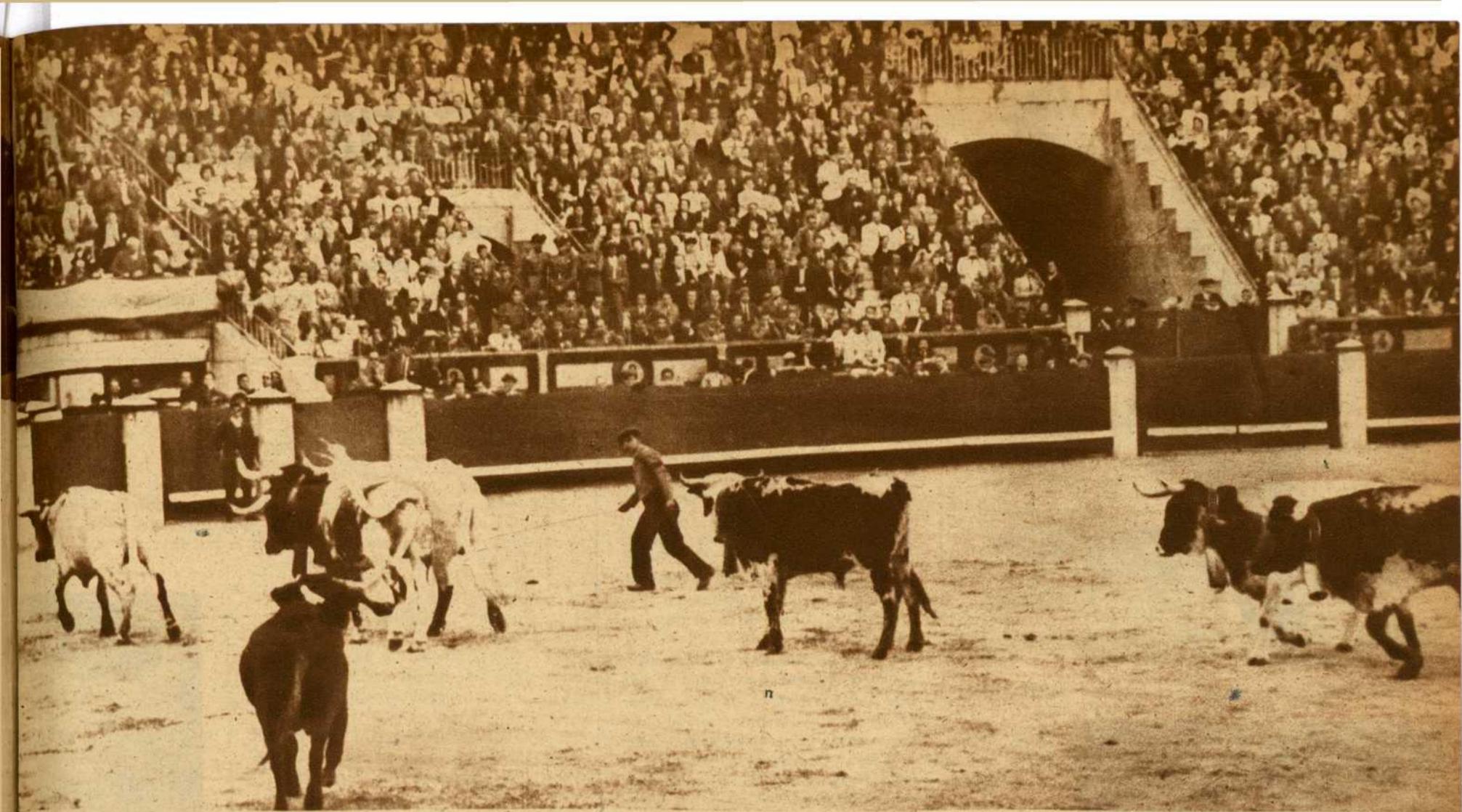
El gran Scrolla, unos años antes de morir, visitó el Museo de Málaga, y al ver los estupendos cuadros de Denis, cuyo apellido hasta ignoraba, hubo de exclamar, asombrado: "¡Pero este hombre ha podido pintar mejor que nadie! ¡Qué artista más formidable se ha perdido España!"



"Boceto taurino" (J. Denis)

"Quite del espada" (óleo de José Denis, Museo de Bellas Artes de Málaga).





EL PLANETA DE LOS TOROS

EL SONIDO DE LOS CENCERROS

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE

Entre las muchas cosas que ignoro, una de ellas es el origen de los cencerros. Ya no tengo edad de estudiar. Y, por lo tanto, seguiré en mi ignorancia con respecto a tan importante asunto. Lo siento porque el cencerro es instrumento de toda mi predilección. Su sonido nos llega siempre tan lleno de poesía, tan dulce, que a veces hasta nos hace llorar y todo. Al cencerro lo que le pierde es el nombre. Desde luego, la palabra cencerro es poco grata al oído. Y por eso muchos espíritus exquisitos no pueden soportarlos. Y los detestan. Están equivocados.

En el planeta de los toros los cencerros son artilugios de primera necesidad. Todos los bueyes los portan. Y ya sabéis el importantísimo papel que en una ganadería de toros bravos desempeñan los bueyes. Nada puede hacerse sin ellos. Pero yo creo que a lo que obedecen los toros es a los cencerros. Su voz es la que los conduce de aquí para allá. Su voz también es la que les lleva a la muerte, antecedida por la cárcel de un cajón.

La voz del cencerro es de una solemnidad fuera de toda duda. En el campo su eco se dilata muchísimo. Y cuando se le oye así, lejano, tenue, tamizado por la distancia, y nos llega debilitado, envuelto en el silencio, como único rumor de la campiña, es cuando algunos sentimentales no pueden contener las lágrimas.

Otro de los sitios donde el cencerro va de maravilla es en la Venta de Antequera sevillana, las noches de feria de abril. Cuidado que estas nochecitas han tenido escritores que las han exprimido concienzudamente, sin dejar una sola estrella a quien endilgarle su correspondiente pipito. Bueno, pues sin embargo, de los cencerros no ha hablado nadie. Archisabido es que en los cercados de la Venta de Antequera se encierran las cuatro o cinco corridas de feria y que la noche antes de la lidia de cada una se las traslada a los cajones para conducirlas a los corrales de la Plaza de la Maestranza. En estas noches tan cacareadas, correrse una juerga en Antequera es número obligado para aquellos que pueden gastarse unos miles de pesetas sin que sus bolsillos se estremezan. Una juerga en la cual los juerguistas sepan cumplir con su deber, debe durar hasta bien entrado el nuevo día, exactamente hasta aparecer por Oriente el sol. Naturalmente, en una juerga de éstas no se hace otra cosa que cantar y bailar flamenco. La primera hora no se pasa mal, la segunda tampoco, porque es cuando suelen surgir las tapas de cocina, el pescado frito, los soldados de Pavia, los riñoncitos a la plancha, que no es que yo diga que se pueden comparar a las soleares, tarantas y seguiriyas, pero que tampoco son de despreciar. La tercera hora ya no se resiste y hay que salir un rato a tomar el aire. El aire sevillano de una noche de abril, que no es un aire como todos los aires, sino un aire con aire de cencerros. Cada corrida está acompañada en los cercados de su parada de bueyes. Son, pues, bastantes los cencerros congregados en la Venta de Antequera.

No sabemos si los toros y los bueyes duermen. De la Venta salen las coplas, y los rasgueos de las guitarras, y los taconazos del zapateo, y las palmadas, y los oleas, y los berriedes de los que no entienden de flamenco, pero que por lo mismo se creen obligados a jalearlo todo con intempestivas y puramente guturales alabanzas, tales como, ¡Ahhh...! ¡Ohhh...! Los bueyes y los toros probablemente despreciarán todo esto. Pero con seguridad no podrán dormir. Los bueyes se mueven. No los vemos, sólo adivinamos que sus movimientos tienen que ser lentos, suaves, por como suena el cencerro. Nada semejante a este sonido cencerro. Se diría tocado por la mano leve y acariciadora de una arpista; se diría que el buey posee instinto y talento musical; se diría, en fin, que los bueyes forman una orquesta cuyo único instrumento es el cencerro y que, dirigidos por mano ignota, interpretan un nocturno, para que no se diga que ellos no contribuyen al singular encanto de la noche de abril sevillana. Como sabemos que a todos aquellos toros apenas les quedan unas horas de vida, como nos hemos bebido unas cuantas copas, aderezadas y acompañadas de unas cuantas coplas, muy poéticas, pero bastante tristes, el sonido de los cencerros entonando el nocturno actúa en nosotros como un sedante de los nervios, alterados por el inmenso ajeteo que supone no perder ripio de la feria de Sevilla.

Otro momento también melancólico y casi filosófico de los cencerros es al terminar una

corrida, salir los últimos de la localidad que ocupamos y en lugar de irnos a la calle, darnos una vuelta por los pasillos cuyas ventanas caen sobre los corrales. Si la Plaza es de alguna importancia, allí habrá tres o cuatro bueyes. No importa cuál fué el resultado de la fiesta, bueno o malo, siempre sentiremos un remusguillo de cansancio. Por eso, antes, gentes conocedoras de ello, en los alrededores de la desaparecida Plaza madrileña vendían ehuletas a la parrilla, que reparaban y entonaban el ánimo y el estómago de los espectadores. Pues bien, a falta de éstas, os aconsejo que al final de la corrida os acodéis unos minutos en las ventanas de los corrales. Quizá no distingáis a los bueyes, pero seguramente oiréis los cencerros. La Plaza y sus contornos, hasta hace unos momentos tan llena de ruido, está silenciosa, el sonido de los cencerros se percibe claramente. El crepúsculo es ya señor del cielo. Del cercano desolladero llegan las voces y el ajeteo de los matarifes. Los cencerros esparcen su música. Amigos míos, el momento es de los inolvidables. Muy acorcheda tiene que estar vuestra sensibilidad para que no la sacuda el tirón del badajo de los cencerros.

El sonido de éstos no siempre es quejumbroso y trístico; también a veces su algarabía nos cosquilla la risa. En los encierros pueblerinos especialmente. En ese galope que por las calles del pueblo emprenden los toros con sus bueyes, azuzados por todo el vecindario, los cencerros van locos colgados del cuello de los cabestros, volteando la alegría de las fiestas, la alegría de la tarde de toros; entonces suenan de manera distinta a la habitual; la gravedad y reciedumbre de su son se transforma en algarabía jubilosa; entonces los cencerros hacen el dúo a las risotadas femeninas, a esas risotadas de las mujeres de los pueblos, que son únicas e inconfundibles. A mí siempre lo que más me ha impresionado de las corridas pueblerinas han sido estas risotadas que aun son todavía más intensas y vibrantes en los encierros. En medio del tumulto ensordecedor de este prólogo taurino, de los festejos de muchos lugares, se perciben, predominando sobre tantos ruidos, el tolón tolón de los cencerros, que es aiccate y guía para los toros, pero también para los espectadores.

Presumo que el origen de los cencerros es antiquísimo. Sólo así se explica su arraigo y extensión. Ya sé que su uso está extendido a muchos usos ganaderos y que era el instrumento preferido en las famosas y casi desaparecidas cencerreadas que antaño se organizaban en honor de los que contraían segundas nupcias. Pero donde el cencerro adquiere toda su magnificencia, sin duda alguna, es en el cuello de los cabestros que cuidan y dirigen una ganadería brava. Su gran collarón de cuero, del que cuelga perennemente el cencerro, de ninguna manera lo tenemos que considerar como un estigma. La función del buey ha sido motejada de traidora por ser de él de quien se vale el hombre para domeñar la fiera de los toros y con su ayuda indispensable realizar en el campo y en la Plaza todas las operaciones que precisa el cuidado de una vacada. Creo que estos enemigos de los bueyes exageran. No se puede hablar de traición. Vamos a no exagerar. El buey es un pobre animal irresponsable. Además que ya queda dicho que para mí el cencerro actúa de manera efficacísima sobre el toro. El cencerro para el toro debe ser como una extraña y misteriosa voz que le embelesa y le aturde. Llevado de mi curiosidad, le he preguntado a varios mayores: «¿Usted cree que los toros seguirían a los cabestros si éstos no llevaran cencerros?» «¿Quién no, señor, de ninguna manera!»; fué siempre su respuesta. «¿Por qué?» Esto es lo que no supieron explicarme de una manera satisfactoria, aunque sí pintoresca.

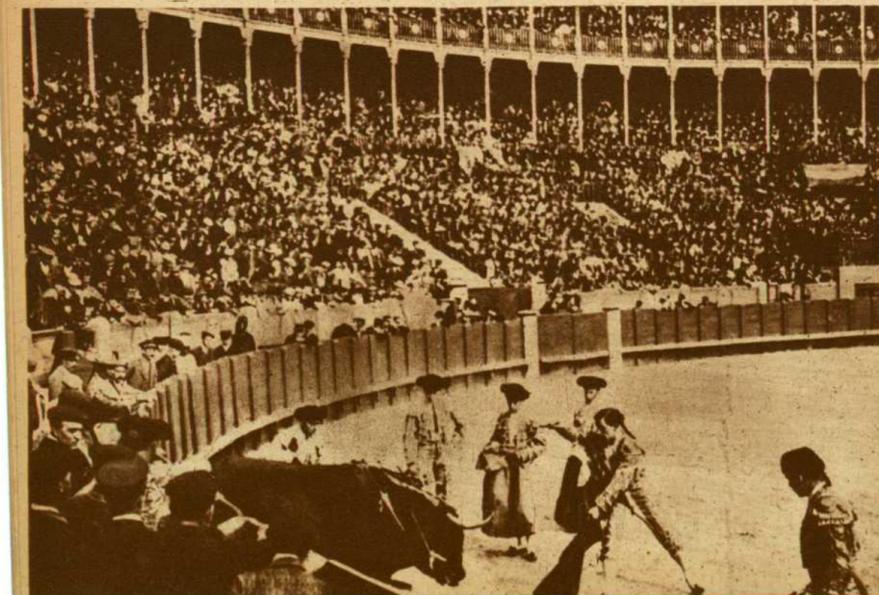




Vicente Pastor, hoy, paseando por el viejo Madrid.



El que fue gran matador de toros, descabellando a una de las reses que toreó en la Plaza de Madrid.



IV

AQUEL 13 de febrero de 1898, fecha imborrable en la vida del famoso torero madrileño, llenó la Plaza vieja hasta el palo de la bandera, como metafóricamente acostumbra a decirse entre los aficionados.

Fijáronse días antes, en los sitios acostumbrados, los carteles anunciadores de la novillada, cuyo principal atractivo lo constituía la feroz lucha entre el elefante Nerón y el toro Sombrerito.

No estuvo remisa la Empresa en la propaganda. Aparecía en aquellos carteles el paquidermo, con sus afilados colmillos, enfrentado con el cornúpeto, y ambos mamíferos sangrando por todas sus partes. ¡Una cosa verdaderamente horripilante!

Para despachar seis reses colmenares de don Vicente Bertólez fueron asimismo anunciados Félix Velasco, Mariano Olmedo, Valentín, y Vicente Pastor, Chico de la Blusa, éste como debutante.

Grandes apuros pasó el empresario, porque el elefante Nerón, que se hallaba pacíficamente en Amberes, a pesar de estar contratado por su propietario para la lucha en 18.000 francos, faltó a la lista y tuvieron, de prisa y corriendo, que arreglarse con el señor Cavana para que éste les prestase, por su cuenta y razón, otro elefante que en la Casa de Fieras del Parque de Madrid hacía las delicias de los niños y sus niñeras.

Presidido el espectáculo por el concejal señor Eslava, Félix Velasco despachó como pudo el primer buey, fogueado, de Bertólez.

Y después de que Valentín, a toma y daca, envió al desolladero al segundo astado, apareció en tercer lugar el novillo para el debutante.

Llámase el cornudo "Molinillo", de pelo negro y bien puesto de pitones.

Pero resultó otro indecoroso buey, porque apenas recibió una vara de Francisco Codes, Melones, se declaró en franca huida, siendo condenado al infamante fuego, operación que llevaron a cabo Salvador Aparici, El Albañil, y José Balbastre, Pepín de Valencia.

El Chico de la Blusa, vistiendo un traje verde y plata, visiblemente contrariado, salió a entendedérselas con el "regalito".

Del maestro "Dulzuras", el crítico que años más tarde falleció en Madrid, siendo redactor

Historia taurina de VICENTE PASTOR

Presentación de novillero en Madrid. - También se hizo de noche. - ¡Cinuenta pesetas! - ¡El 67 «pelao»! - Momentos de amargura. - Una cuartilla inédita. - Dos corridas mixtas. - Cuatro años alternando el oficio de guarnecedor de coches con el de torero

del diario "A B C", son las siguientes líneas, publicadas en su libro "El año taurino 1898".

"El Chico de la Blusa, por hacerse de noche, no pudo matar más que un toro, el tercero, que fue tan buey como todos los otros, y, sin embargo, el joven madrileño debutó con una buena faena de muleta, pinchando dos veces en hitos y terminando con una baja a los diez minutos".

"En el único que estoqué—escribió "Juan de Invierno" en "El Toreo"—, se le vió tranquilidad en los pies y soltura al manejar el trapo".

Interrumpida la lidia ordinaria hizo acto de presencia el afeitado elefante. Seguidamente salió un toro de Bañuelos, que puso al paquidermo en precipitada fuga.

Se retiró al toro y soltaron otro, algo más bravo, de Bertólez, que también hizo resaltar la cobardía del mamífero proboscido, que deseaba a todo trance verse de nuevo en su apacible jaulón del Retiro.

El espectáculo, por consiguiente, fué una indigna camana, que hizo aburrirse al público y prolongarse la corrida, hasta el extremo de que antes de que apareciera el sexto morucho fué suspendida por hacerse de noche, quedándose Vicente sin poderle estoquear, repitiéndose el caso de su presentación como becerrista en la misma Plaza.

Pero la Empresa hizo el gran negocio entregando al Chico, que había puesto en juego muchas recomendaciones por debutar ante sus paisanos, la respetable cantidad de cincuenta pesetas!

En la mañana del día de la corrida se celebró en la Tenencia de Alcaldía del distrito de la Inclusa el sorteo de militar de la quinta a que pertenecía Vicente, quinta que en el año se adelantó por necesitarse soldados para la guerra de Cuba.

Correspondióle en el sorteo el número 67, soldado para La Habana, y bajo la impresión de tan negro panorama salió a torear horas más tarde.

Fue éste uno de los momentos más amargos de su vida.

Vamos a reproducir, sin quitar nada ni coma, una cuartilla escrita por el propio Vicente para sus Memorias; cuartilla que, a nuestros reiterados ruegos, ha tenido la bondad de facilitarnos:

¡Qué suerte, y sin dinero para poder librarme!

Pero la voluntad y la fe pueden con todo. Sin dejar de trabajar a mi oficio, porque la ayuda de mi jornal falta en casa, pues mi

padre era un obrero cajista de coches, y mi madre, además de los quehaceres de la casa, ponía picados para las cigarrerías, con el fin de ayudarle a sacar adelante a los seis hijos que éramos, ahorra todo lo que sacaba en las corridas y, salvo los gastos que no había más remedio que hacer en ropa de torcar y vestir, todo ya usado, me privaba hasta de tomarme un café por las ansias de poder reunir las deseadas mil quinientas pesetas antes de que expirara el plazo para pagarlas, para que me librasen, no sólo de ir a la guerra de Cuba, sino de ver destruidas mis ilusiones de llegar a ser matador de toros.

¡Cuántas lágrimas, que no vió nadie, me costó por esta causa el ver limpio el horizonte de mi carrera!

Queda reflejada en la anterior cuartilla, llena de sinceridad y de modestia, toda la férrea voluntad de este hombre que, luchando siempre con cuantos obstáculos se le pusieron por delante, tuvo la constancia precisa para vencerlos, resultando al fin victorioso.

Dos novilladas más toreó en Madrid Vicente el referido año 1898.

Empresarios ya del innumerable taurino de la Diputación Provincial los señores Bakotín y Charro, cedieron la Plaza para la temporada canicular al entonces popular contrastista de carnes don Pedro Niembro, y éste organizó para el 28 de agosto una corrida mixta, en la que Ángel García Padilla confirmó la alternativa a Antonio Escobar, El Boto, matando ambos cuatro toros de don Juan G. Nandin, y lidiándose como final dos novillos del mismo ganadero para El Chico de la Blusa.

Vicente—según "Dulzuras"—estuvo mucho mejor que cuando debutó, y toreando de capa, pasando de muleta y tirándose a matar, satisfizo su trabajo a los aficionados.

Tras una buena faena con el trapo rojo, entró a matar cuatro veces a su primero, siendo volado en dos, pues el toro achuchaba; de la última, que fué hasta la bota, murió el pavo y oyó Vicente una ovación.

Al que cerró plaza le mató de una estocada alta, un poco atravesada, haciendo una buena faena.

Fue, por consiguiente, un éxito la repetición del Chico de la Blusa en el circo cortesano; pero no se le hizo la debida justicia.

Un novillero—y continúa hablando por cuenta propia—que actúa dos veces ante la afición madrileña, con lucimiento, debió ser objeto de mejor trato.

Y digo esto porque el domingo siguiente, Niembro, el famoso "charcutero" de la Puerta del Sol,



volvió a presentar al Chico en el ruedo madrileño para matar cuatro novillos de Udaeta como contera de las señoritas toreras Angelita y Lolita, cuatro días antes de debutar, con todo el aparato escénico convenientemente preparado, los jóvenes cordobeses Machaquito y Lagartijo chico.

No hicieron mella en el ánimo de Vicente estas desigualdades irritantes. Él pretendía torear y torear, fuera como fuere, con el deseo siempre de redondear un éxito que estimaba necesario para su artística carrera.

Tuvo lugar esta tercera actuación el 4 de septiembre.

Exceptuando el hecho de que Lola Pretel, como reñeadora, mató con un rejoncillo a uno de los becerros, nada de particular hicieron las toreras.

El trabajo de Vicente con sus dos toracos de Udaeta—nos dijo "Dulzuras"—fué bueno toreando de capa y en algunos quites, pero en la muerte no tuvo tanta suerte como en la corrida anterior, teniendo la culpa sus banderilleros, por el afán de ayudarle, y lo que hicieron fué estorbar más que otra cosa.

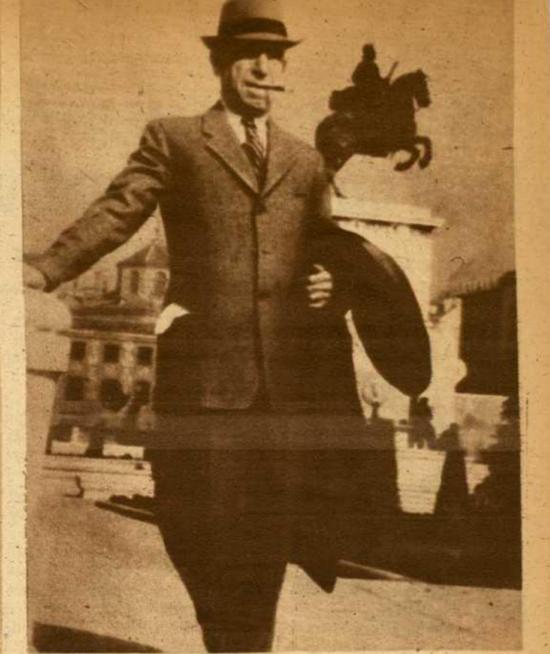
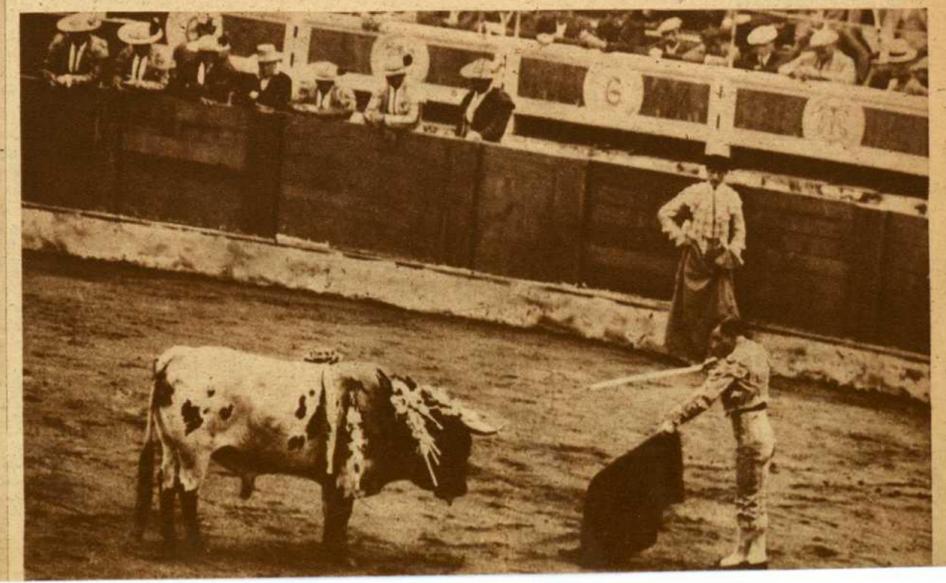
A su primero le hizo una buena faena de muleta; pero al herir, como el toro estaba muy avisado, le costó entrar seis veces, acabando por fin de una atravesada. Pasó a su segundo, que fué fogueado, muy paradito y pinchó ocho veces.

Monopolizaban por este año el cotarro novilleril los también madrileños Domingo del Campo, Dominguín, y Antonio Boto, Regalrín, con el hermano de Emilio Torres, Bombita, Ricardo; pero no por eso decayeron los entusiasmos del Chico de la Blusa, que no dejaba de pensar en un porvenir fisonjero.

Estas tres novilladas a que hice referencia formaron parte de las catorce que toreó aquel año, de las que someramente me ocuparé, registrándose en la vida del torero un hecho para él muy satisfactorio, porque al torear en Zaragoza, libre ya del servicio militar, renunció a seguir trabajando a guarnecedor de coches, oficio en el que empezó ganando un real a la semana y catorce diarios cuando le abandonó.

DON JUSTO

Vicente, en su magnífica época, entrando a matar



En la actualidad, Vicente Pastor gusta de recordar lugares típicos madrileños

¿Para qué la alternativa?

Por JOSE CARLOS DE LUNA



No es verdad que maravilla la fácil prontitud con que los novilleros se doctoran de matadores de toros?

Por lo menos, sorprende.

El rito sencillo y trascendental que el público contempló siempre con simpatía y expectación ha quedado reducido a la pequeña ceremonia casi tan ridícula como lo sería el acercarse al mostrador de un bar con pasos de minué.

Cuando con mirada retrospectiva contemplamos aquellos toreros que no llegaban a doctorarse sino después de muchos años de bregar y banderillar a las órdenes de un maestro, y de valerse luego por cuenta propia en espectáculos de poca monta o como sobresalientes en algunos de importancia, se nos antojan rancias y absurdas las dilatadísimas pruebas o nos hacemos cruces de estas improvisaciones de ahora.

¿Dónde estará el desacierto?

Doctores tiene la fiesta que un año antes de calarse el birrete picaban el cascarón en media docena de tentaderos, cuatro becerradas benéficas, un par de novilladas sin caballos y ocho o diez con dicadores y todo.

¿Dónde estará el desacierto?

Echele usted galgos a la liebre maticana, que lindazos tiene por los que correr a gusto y sin tropiezos. Pero como no es procedente dejar incontestada la pregunta a los que de buena fe la formularon, ni ocasión de detenernos a analizar cuanto las comparaciones sugieren, contentémonos con las de más bulto y que socorran la necesidad si es que se despertó con sed.

Ojeemos la biografía de Rafael Guerra para juzgar la cosa en su término medio; esto es: sin remontarnos a los años de «la Nana» ni espigar en sementeras verdes.

Guerrita se presentó en Madrid allá por los años 77 y 78, con quince de edad, formando parte de la cuadrilla de *Niños cordobeses*, organizada por Caniqui, *protopromotor* de circuitos al uso. Como banderillero, y lo fué de bandera, se alistó luego con diferentes matadores, hasta asentarse con Fernando Gómez, el Gallo, en 1882, a cuyas órdenes trabajó hasta finalizar la temporada del año 1885, pasando en la siguiente a la cuadrilla de Rafael Molina, Lagartijo, que le dió la alternativa el 29 de septiembre de 1887. Diez años de aprendiz, ¡y junto a aquellos maestros!, para doctorarse a los veinticinco de edad; lo que entonces se juzgó prematuro por la vieja crítica que escarbó y ahondó hasta quedar sin uñas, rabiosa de que se repitiera el caso de Lagartijo, que se juzgaba único, sin precedentes y fuera de toda regla. Estos remilgos, tan leídos y escuchados, formaron una dogmática irrecusable aceptada con gusto y convicción por el que se estimó aficionado, ni al uso ni al desuso, sino a secas.

Nos parece natural que el muchacho que se encuentra capaz y que se probó en unas novilladas aspire a que su nombre campee en letras grandes junto al de los matadores de cartel; pero, ¡cuántas facultades y condiciones se malogran por una precipitación alegre y poco meditada!

Hoy huelgan, desde luego, las grandes esperas dándole largas a la afición, y sobre todo a las ambiciones, matando reses—mal llamadas novillos en muchas ocasiones—con más años,



más cabeza, más poder y menos casta que los novillos—siempre mal llamados toros—de corridas formales. ¡Aquel desecho de tiente y cerrado que antaño lo pautaban el ganadero y su conocedor, y hogaño lo determinan diestros, apoderados y promotores! Pero no van por ahí las intenciones de nuestra opinión, ni vemos el aprendizaje sino es a la vera de los maestros, bregando y banderilleando a las órdenes de los que enseñen algo más que desplantas y florituras.

La autodidaxia no es facultad común ni muy de fiar; y los profesionales tienen que saber muchas cosas, para conjugadas con el valor y la afición, frenando populachería y ambiciones.

Digo yo que esto parece lo lógico y procedente, ya que el acabado conocimiento del oficio es ineludible para el *visto bueno*. No bastan las condiciones privadas, que pueden ser magníficas y siempre necesarias, pero que no precaven de la cornada o del ridículo en las dudas que surgen y acucian ante cualquier insospechada o imprevista novedad, cuando ya en el terreno de los cánones no valen para salir del paso sino echando por delante el valor ciego que resuelve el lance en tragedia.

Como no soy predicador, ni me las doy de respetable aficionado, cido, temido y tomado en cuenta, me río de las risas que seguramente despertará este artículo que abre anchos cauces al chistecillo adulón, al despectivismo del profesional nacido anteayer, doctorado ayer y acaudalado hoy, y, sobre todo, a las colmilladas de mangones y paniaguados. ¡Váyale usted a un torerito en agraz con cuentos chinos, ni a proponerle que forme, siquiera un par de años, en la cuadrilla de un maestro consagrado por algo más que la crítica escrita!

Me encanta la chufra en los intrascendentales escarceos y a gusto le doy pie; pero permítaseme tomar parte en el jolgorio.

¿Cómo?

Asegurándose que el fin de esta crónica, hablando de procedimientos tan disparatados, no fué sino mehtar a aquellos dos pobres titiriteros que se llamaron Rafael Molina, Lagartijo, y Rafael Guerra, Guerrita, de los que tantas cosas se cuentan y que por casualidad nacieron también en Córdoba.

**AFICIONADOS
DE CATEGORIA
Y CON SOLERA**

DON NATALIO RIVAS

cree que la fiesta

se acaba porque dentro de treinta años no quedará ganado bravo

"En 1876 vi las primeras novilladas de mi vida, en Granada"

ESTA tarde, a esa hora quieta del café, hemos compartido las tazas del aromático líquido con don Natalio Rivas, escritor y académico, hombre de profundidades y finuras intelectuales, de gran experiencia en toda clase de materias y de una erudición a toda prueba. Pero con ser todo esto y mucho más, lo que satisface plenamente a don Natalio es su título de aficionado clásico — y, por tanto, insobornable — de la fiesta taurina.

Una charla con don Natalio da siempre tema, y más si gira sobre tauromaquia, no ya para un artículo, sino para una docena de ellos. De modo que para que no se pierda, en lo posible, la sustancia de las palabras de nuestro ilustre interlocutor, nos dejaremos ya de preámbulos para ir a nuestro trabajo, como mandan los cánones: corto y ceñido.

—¿Desde cuándo es usted aficionado?

—Yo vi las primeras novilladas allá en Granada, cuando tenía entre los nueve y los diez años. Al andar yo por esta edad se quemó la Plaza. Ello ocurrió en septiembre del año 1876. Me quedé, por tanto, sin poder satisfacer, durante algún tiempo, la afición que ya por entonces tenía, y era muy

salen a la Plaza para ser bien muertos; todo lo demás es auxiliar y no tiene importancia por sí sólo. El volapié, que creó Costillares, y que hoy puede decirse que no existe, porque se mata a los toros de cualquier manera, debe ser considerado también como recurso, y así era entendido antes. El matador, si al citar al toro para recibir, éste no se arrancaba, entonces empleaba el volapié. Hasta Costillares, el matar recibiendo era lo obligado. Cuando los toros no se arrancaban y, por tanto, era imposible realizar la suerte, los mataban con una lanza desde la barrera. Esto constituía un espectáculo lamentable, y para terminar con él, Costillares quiso idear algo para matar al toro de una manera que podríamos llamar artística y decente, y fue así cómo creó el volapié.

—¿Qué opinión le merece el público actual?

—Me reservo, porque he conocido otro muy distinto y las comparaciones siempre son odiosas.

—¿Ha tenido mucha influencia la fiesta taurina sobre su obra literaria?

—Enorme. Mi afición me ha estimulado para escribir semblanzas, juicios, literatura taurina, en fin; he escrito libros, folletos, artículos, biografías y semblanzas taurinas.

MIS AMIGOS TOREROS

—¿Ha tenido usted amistad con toreros?

—De los de mi época con todos. Intimidad la he tenido con Guerrita desde los comienzos de su carrera, cuando era banderillero de Fernando, el Gallo, Mazantini y yo fuimos como hermanos. De Fuentes fui también íntimo amigo y le acompañé en muchas de sus expediciones taurinas; en el año 1900 "toreamos cincuenta y siete tardes"; a Belmonte le conocí desde que empezó de novillero, y siento por él un cariño paternal. También fui muy amigo de Ricardo Torres Bombita, y lo soy del Algabeño, que, por fortuna, vive todavía, y ojalá sea para muchos años.

Ahora, don Natalio Rivas se estira los puños de la camisa, y yo reparo en los caprichosos gemelos que lleva.

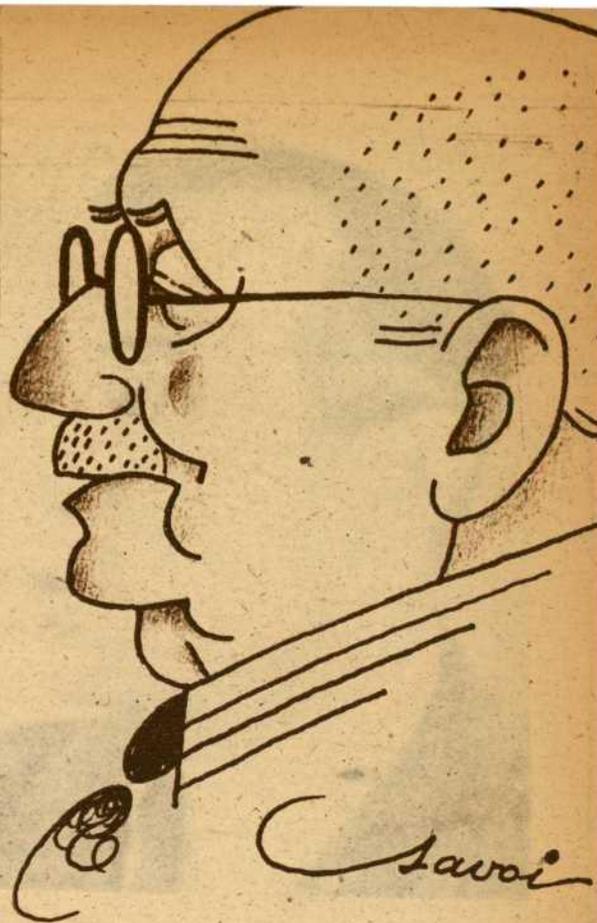
—Estos botones—me dice—son de Pedro Romero, y los tengo desde hace unos cuatro meses. Los recibí junto con una carta, en la que se me decía que yo era el escritor que más elogiaba a Pedro Romero, y que por ello se me enviaban los dos botones que se habían guardado hasta ahora en la familia como recuerdo valioso, y que tenían mucho gusto que, en lo sucesivo, los llevara yo; y firmaba la carta el bisnieto de Pedro Romero, que lleva el mismo apellido y se llama Francisco. A propósito de Pedro Romero, y para que vea usted lo que va de ayer a hoy, yo tengo la copia de un manuscrito que se conserva en la Biblioteca Nacional, en el que aquel gran torero apuntó con todo detalle los toros que había matado en 1796, las leguas que había recorrido para ello y el dinero que había ganado. Había dado muerte a 281 toros, había recorrido 514 leguas en los medios de traslación más rudimentarios, ya que entonces ni siquiera las diligencias eran cosa corriente, y había ganado 96.000 reales, o sea que salía a una onza por toro. De esto a las cincuenta mil pesetas que se cobran hoy por matar, es un diez, a un toro...

LOS TOROS SE ACABAN

Don Natalio me guiña muy significativamente un ojo, y luego se pone un poco grave para decirme:

—Los toros se acaban. De aquí a treinta años se habrá acabado el ganado bravo. Se celebran demasiadas corridas. Yo he conocido la Feria de Valencia con tres corridas, y con otras tantas la de Bilbao. En aquellos tiempos los ganaderos tenían que seleccionar, y todo lo que sobraba, que era mucho, era enviado al matadero. Ahora la demanda supera, con mucho, a lo que se creía, y no hay ni selección ni nada. Allá va todo. El aficionado a pagar y la fiesta a terminar. Terminantes palabras las de don Natalio, después de las cuales ya no hay, en verdad, nada más que decir.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA



Don Natalio Rivas en su despacho

grande. No se construyó nueva Plaza en Granada hasta abril de 1880, cuando acababa yo de cumplir los quince años, y entonces fue cuando vi las dos primeras corridas de toros, la de inauguración, que fue el 3 de abril, por cierto con ganado de Miura, y la que se celebró al día siguiente. En ambas, los matadores fueron los mismos: Lagartijo, Frascuelo y Cara Ancha... De modo que si echa usted la cuenta verá que de esto hace ya sesenta y cuatro años.

—Buena memoria tiene usted...

—Sí; de eso y de salud estoy muy bien. De lo único que ando un poco mal es del oído; así que grite, amigo mío, grite sin miedo...

De todas las épocas del toreo que ha conocido usted, ¿cuál le parece la mejor?

—Sobre esa no hay ni la menor discusión; los años de la competencia de Lagartijo y Frascuelo no se han superado, ni creo que se superen ya nunca, porque la fiesta va a menos cada día.

—¿Le hubiera gustado ser torero? ¿Ha llegado a torear alguna vez?

—Ya lo creo que me hubiera gustado. Me hubiera gustado enormemente. De joven, incluso llegué a capear algún becerro...

—¿Y qué?

—Que sentí mucho miedo; pero mucho, mucho...

—¿Qué defectos encuentra a la fiesta?

—Hasta los primeros años del siglo, ninguno. Después, lo que se llama, ahora fiesta me parece una profanación del arte taurino, en cuanto al orden con que se lleva el espectáculo. Me produce verdadero asombro ver que los diestros tienen que torear de capa a todos los toros. De eso antes sólo se hacía cuando salían defectuosos y había que corregir sus resabios. En cuanto al quite, el matador sólo se atrevía a hacerlo cuando había peligro para el picador. En cambio, hoy se da el escándalo de que salen a buscar al toro. Es decir, que el procedimiento es contrario al que se ha seguido siempre.

EL MEJOR TORERO DE AYER Y DE HOY

—Vamos a hablar, don Natalio, del mejor torero de hoy y del mejor torero de ayer. Si a usted le parece, claro.

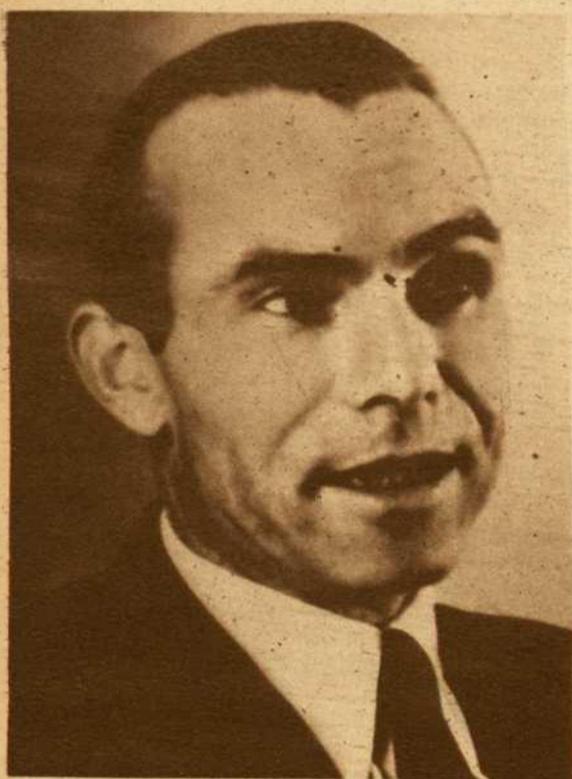
—Pues... me parece y no me parece. Quiero decirle que sólo le voy a contestar a una de las dos cosas, porque no acostumbro a hablar de los toreros que viven, y lo cumplo esto de tal forma que, queriendo a Juan Belmonte como a un hijo, no he emitido juicio sobre él. De los de ayer, y concretándome a los que yo he visto, creo que el más torero fue Lagartijo y el mejor matador Frascuelo. Por lo que he leído, y si hemos de creer lo que nos refieren antiguos cronistas, el primero de todos los tiempos debió ser Pedro Romero, y el torero más completo, José Redondo, El Chiclerero.

—¿Qué suerte es la más difícil y la que más le gusta?

—Para las dos cuestiones hay la misma respuesta: la de recibir. Los toros

CHARLA de fin de TEMPORADA

"Mientras me obligue mi afición y mis facultades lo toleren, continuaré en el ejercicio activo del toreo"



Domingo Ortega en su charla para EL RUEDO



Qué suerte es poder tener un cortijo con parroles, pan, aceite, carne y luz y medi-millón de reales (CANTAR POPULAR)

HE aquí condensada toda la felicidad anhelada por gañanes, jornaleros y pastores de esa parte de España que empieza en las altiplanicies de la Oretana y va a morir en las serranías de la Alpujarra.

Una casa de campo—cortijo, alquería, cigarral—de recio portón de doble hoja, de cocina con su rústico escaño de nogal y amplia mesa provista de limpios manteles de casero lienzo. Sobre ellos el pan candeal, el estofado de carnero y el aceite para aderezar el gazpacho. Y como contera de tanta apacibilidad y blandura, el medio millón de reales, cifra y compendio de un ideal difícilmente asequible para los hombres de dura y agreste existencia.

Todo esto debió de constituir en un tiempo la meta ambiciosa de ese hombre recio y austero, trinidad de torero, labrador y ganadero, que se llama Domingo Ortega.

El sol de muchos veranos curtió su cuerpo y abroqueló su alma con los oros de la reflexión y de la honradez, tan característica en los varones castellanos.

Poco o nada gusta Domingo de la bulliciosa vida madrileña. Sus alegrías están en el campo. Durante todo el invierno es raro el día que no se traslade bien de mañana a sus fincas de Toledo, para no regresar hasta bien vencida la tarde.

Cuando no se queda a pasar la velada al arrullo de la campana del hogar, cobijo de magros pernils secados al humo.

Un buen rato hubió de aguardar a que Domingo Ortega regresara de su diaria excursión. Después de recorrer con la vista unas cuantas veces los detalles del salón isabelino donde había sido introducido y curiosar algunos libros depositados sobre una suntuosa mesita, llegó hasta mí el sonido de un timbrazo seguido de unos pasos decididos y enérgicos.

Y he, ya ante mí, la figura seria y sencilla, noble y cortés, del que empezó siendo torero de Borox para llegar a constituir el triunfo, fermento y levadura del toreo de nuestros días.

Nada hablador, Domingo tiene un inconfundible estilo de conversar, que se caracteriza por una concisión enemiga de arabescos y circunloquios.

Hace mucho tiempo que Ortega alcanzó la serenidad majestuosa del artista, la plenitud y la extensión de conocer ese segundo nacimiento que es la madurez. Yo diría que Domingo Ortega está ya de vuelta de muchas cosas.

—¿Cómo entiende usted que se ha deslizado la temporada que acaba de terminar?—empecé preguntándole.

—Fijándonos—dijo—en que el público se ha divertido en la mayoría de las corridas que se celebraron, bien podemos decir que el resultado de la temporada ha sido en verdad satisfactorio.

—Y de ella, ¿cuáles fueron su tarde mejor y peor?

Pareció iba a hacer memoria, pero debió cambiar de opinión y, sin más titubeos, respondió:

—Esto no puedo precisarlo.

—¿Puede decirme el motivo?

—No tengo inconveniente. Suele ocurrirme que en las mejores tardes abandone el ruedo disconforme conmigo mismo. Y, en cambio, en las peores a juicio de los públicos, salgo algunas veces satisfecho.

—Esto, en cierto modo, encierra una paradoja que no comprendo.

—Sirvale de aclaración que esas tardes en que el público discrepa en sus apreciaciones son precisamente las que sirven para pulsar la medida de mis posibilidades.

—Por las noticias que poseo, usted, durante el invierno, se entrega plenamente a la vida campera?

—Sí. El campo, con sus múltiples atenciones del laboreo de las



Ortega, en su despacho, examina uno de los libros de la biblioteca

Domingo Ortega habla para EL RUEDO

"Cien pesetas por matar un toro de veintiocho arrobas"
"Si volviera a nacer, haría siempre lo mismo: torear"

tierras y los cuidados de la ganadería, se lleva casi todo mi tiempo. El resto lo dedico en montar a caballo y en derribar y torear algunas reses, tanto en plan de diversión como de entrenamiento.

—¿Le resulta gravoso sostener su ganadería?

—Desde luego, hoy por hoy no es ningún negocio.

—¿Cuánto tiempo tarda en preparar una corrida?

—Cuando los toros tienen cuatro años, con tres meses es suficiente.

—¿Cree usted que los toros volverán a tener la casta y el temperamento de los años anteriores a 1936?

—Lo que el público entiende por casta y temperamento, yo creo que llegaremos pronto a los que se conocieron en la época que usted acaba de citar. Para esto se precisa que bajen los precios de los piensos, y ello no es difícil, porque este año hay abundancia de ofertas.

—¿Piensa continuar durante mucho tiempo en el ejercicio activo del toreo?

—Sí, mientras mi afición me obligue y mis facultades lo toleren.

—Y ahora una pregunta indiscreta: ¿Cuánto lleva ganado desde que empezó en el toreo?

—Siempre fui un deficiente administrador y nunca sentí grandes simpatías por echar cuentas exactas.

—Bonita forma de escamotear la respuesta; pero de la primera cantidad que usted percibió no se habrá olvidado...

—En modo alguno. Allá por el año 1928 me pusieron en la mano un billete de cien pesetas; pero para merecer este premio antes había despachado un toro de veintiocho arrobas.

—¿Siente hoy las mismas ilusiones taurinas que en sus años de aprendizaje?

—Las mismas, no, porque creo que éstas son mayores ahora.

—¿Cuántas reses llevará usted estoqueadas?

—Seguramente pasan de las dos mil.

—¿Entiende, amigo Ortega, que ahora exista una crisis de lidiadores?

—Mientras los toros embistan, siempre habrá toreros que sepan lidiarlos, unos con más fortuna y estilo y otros con menos.

—¿Por qué no ha ido este año a América?

—Porque es muy pesado ligar tres temporadas seguidas.

—Cierto. Aguantar el

tipo a lo largo de ese tiempo y demostrar todas las tardes de corrida decoro y prestigio es tarea que agota y cansa. Y ahora, veamos. ¿Qué cualidades admira en los toreros mejicanos?

—Las mismas que en todos los diestros, sin distinción de nacionalidad. Yo estimo que al pisar el ruedo, el que más y el que menos, salen a hacer lo que pueden para agradar al público.

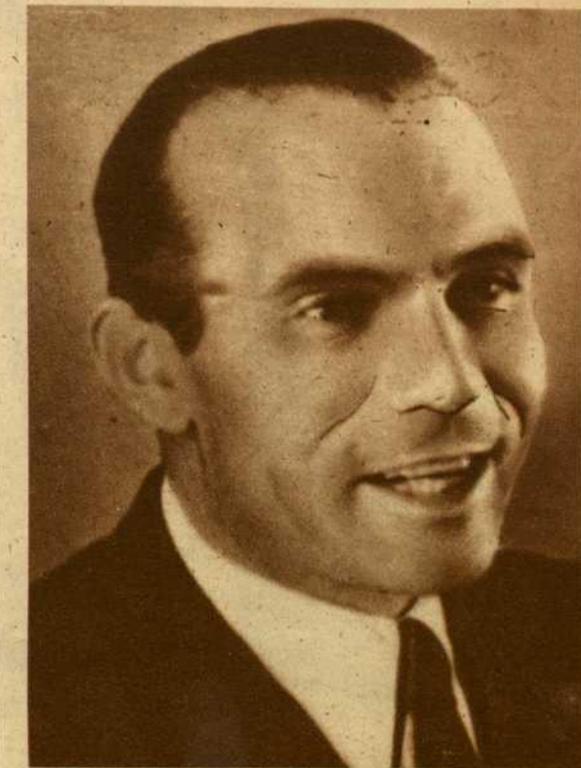
—Como dominador que es del toreo, ¿quiere decir qué factor se precisa para llegar a ejercer tal dominio?

—Ante todo, llevar al toro muy toreado, «embarracado», en los vuelos de la muleta, recogido despacio y con naturalidad, al mismo tiempo que se le hace al toro describir una curva. En otras palabras, aguantar, parar y dirigir al astado. Esto es todo.

—Lo malo es que esto ante un toro no debe ser tan fácil como parece en teoría. Y pasando a otro tema, ¿le hubiera gustado ser torero en otra época anterior o posterior a la actual?

—Entiendo que me hubiera gustado en todos los tiempos y estoy convencido de que si volviera a nacer, haría siempre lo mismo: torear.

Sin darme cuenta, entre la espera y la conversación ha surgido la noche con su hechizo de oquedades y sombras desvañeciendo los últimos destellos del crepúsculo. Y reconocido a la amabilidad de mi interlocutor, decido poner término a la charla.—F. MENDO



El torero de Borox dedica unas horas del día para despachar su correspondencia

Tres expresiones de Ortega durante su charla. (Fots. Palomo.)

LA DIRECCION DEL ACERO

Por FELIPE SASSONE



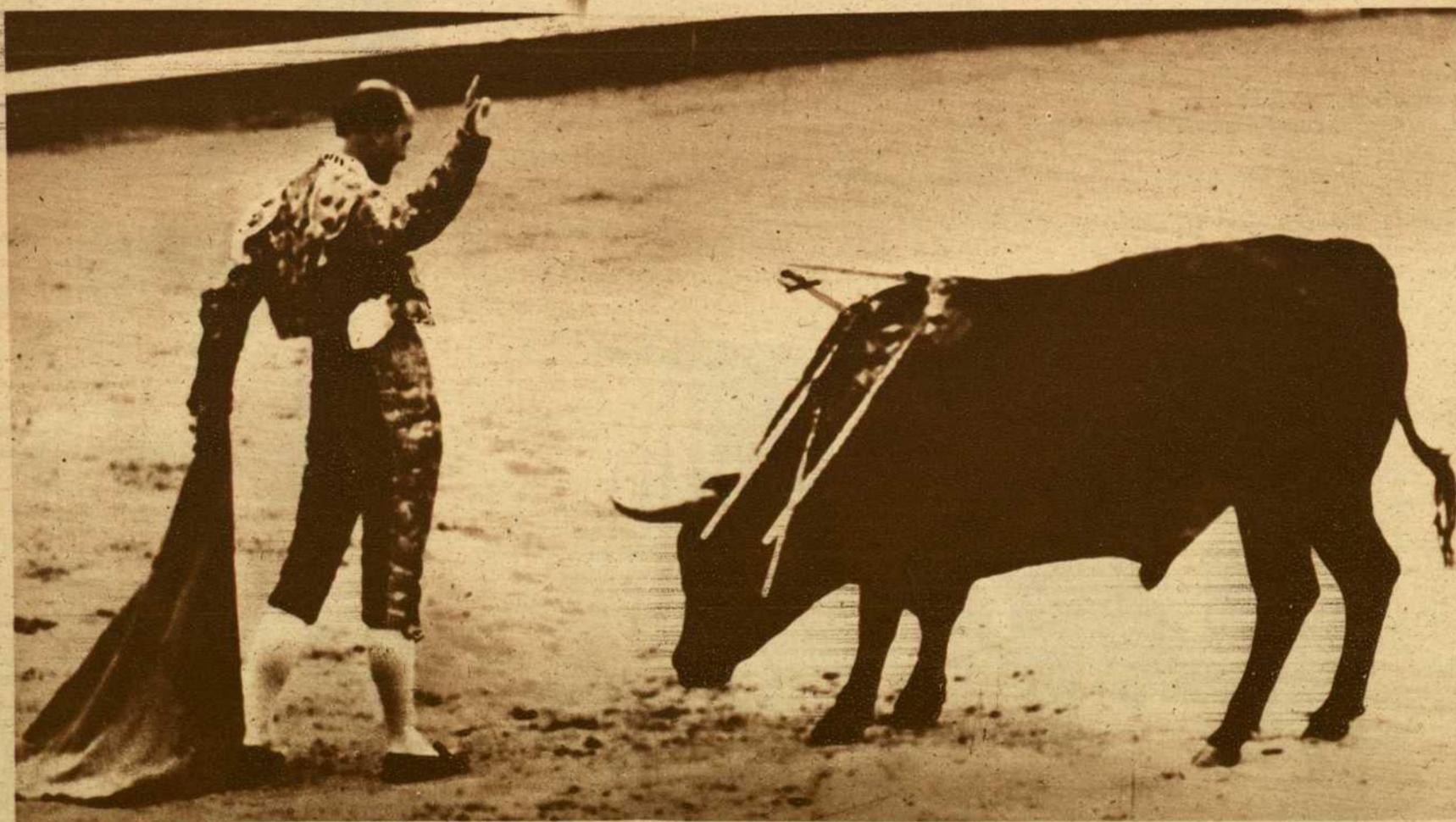
PARA que la dirección del acero sea la exacta e indispensable para partir la aorta del animal y éste caiga sin puntilla, esto es, para que entre por la cruz del toro derecho, con respecto al plano vertical en que se hallan las manos del matador y formando un ángulo de cuarenta y cinco grados, más o menos, con la línea horizontal del lomo de la res, hace falta: que el matador reúna tales condiciones de valor y destreza que entre derecho, es decir, en línea casi recta hasta el momento de deshacer "la reunión"; que avance, lo mismo en la suerte de matar a volapié o arrancando que en la de recibir, a un tiempo mismo la pierna y el brazo izquierdos; que inmediatamente después, con el brazo

delante del pecho, sin alargarlo hacia lado alguno, inicie el viaje y estire el brazo del estoque, dando el pecho, sin lo cual el brazo no tendría juego, y pinche al toro un momento antes de la reunión para que al efectuarse ésta acabe de introducirse el estoque. Otra de las condiciones necesarias será la puntería, y para asegurar ésta, cada maestrillo tiene su librito. La experiencia de los matadores de toros seguros, y el estilo de la mayor parte de los que han brillado y brillan en la ejecución de la suerte suprema, aconsejan armarse con la mano derecha a la altura de la boca o del mentón, ya que de esta manera se domina mejor desde el puño a la punta la dirección del acero con respecto al punto en que se debe herir. No es censurable colocar la mano más baja, a la altura del pecho, junto a la tetilla izquierda, lo cual compone más armoniosamente la figura del estoqueador; pero generalmente es forma más insegura, aunque un matador celeberrimo, don Luis Mazzantini, la empleara siempre o casi siempre con acierto definitivo. Pero don Luis Mazzantini era un hombre muy alto, y a los espadas que no reúnan las mismas condiciones les conviene más apuntar a las péndolas del toro mirando a la punta del estoque por encima del puño, colocado éste a la altura de la boca o del mentón, como he dicho antes. Lo verdaderamente digno de censura es armarse con la mano más alta, casi a la altura de los ojos o de la frente, y con el brazo separado del busto para poder herir a tenazón; con menos riesgo y mirando la punta del acero por debajo del arco que forman el brazo y el estoque, según miran los banderilleros los arpones al parear. Esto dicho, me atengo otra vez a que cada matador tiene su estilo o, mejor dicho, su manera, y así recuerdo que Guerrita solía atacar con la mano muy baja, a la altura del pecho, y Joselito, todo lo contrario, con la mano muy alta, y, sin embargo, los dos mataron muchísimos toros de la primera estocada.

Para la buena colocación del estoque tienen importancia capital dos cosas: que el toro no sea el que se desvíe de su recta y sea el torero en cambio, quien lo deje pasar, y que el estoque hiera al animal un momento antes de la reunión, pero no mucho antes ni después. La descripción de todo esto entra ya en los límites de lo inefable; es algo que se aprecia con la vista, y en la práctica, con ese tino súbito y especial que, sin pensarlo mucho, tiene un automovilista para tomar una curva peligrosa o esquivar el choque con un vehículo que venga en sentido contrario. Cuando, por estirar el brazo exageradamente, antes de avanzar el cuerpo, se hiera con anticipación, la estocada resultará necesariamente tendida, esto es, formando un ángulo menor de cuarenta y cinco grados con el lomo del animal; en el caso inverso, es decir, cuando se hiera tarde, por tener el toro ya muy cerca, el matador tendrá que levantar el brazo, y el acero formará con el lomo del toro un ángulo mayor de cuarenta y cinco grados, y la estocada será lo que impropiamente se llama una estocada perpendicular. Por las mismas razones de adelanto o atraso en el momento de herir, el estoque puede quedar delantero o trasero con respecto a la cruz de la res. Cuando ésta se desvíe de la recta porque el torero torce con la muleta en el momento de herir y la desvíe hacia su lado derecho, pretendiendo así vaciar al toro, el estoque, si entra por la cruz, lo que no es siempre fácil; tomará una dirección atravesada, puesto que se ha atravesado el animal delante del matador, o herirá al animal no precisamente en la cruz, sino hacia abajo, en su costado derecho. Por todo esto habrá de tener en cuenta el matador, pese a todo lo que se dice con respecto a la eficacia de que la mano izquierda toree en el momento de matar, que, por el contrario, la mano izquierda ha de quedar muerta, porque quien pasa es el hombre en todas las suertes, hasta en la de recibir después de la reunión; que es el hombre quien deshace, y la muleta vacía hacia atrás, siempre en línea recta, pero no porque ella tire del toro, sino porque al pasar el hombre la muleta parece que se moviera, como parece cuando se viaja en tren que pasan los árboles, siendo la verdad que lo que pasa es el convoy.

Y ya estoy hecho, como siempre, un lío en el afán de describir con palabras lo indescriptible, que sólo se puede apreciar con los ojos y resolver con el instinto.

Antes de entrar a clasificar las estocadas según su colocación, que será labor de otro pesadísimo artículo—Dios le dé al lector tanta paciencia como la que yo tengo—, insisto en que cada maestrillo tiene su librito, y aunque los tratados digan que para la distancia desde la cual se ha de entrar a matar haya que tener en cuenta las facultades y los pies del toro, lo cierto es que cada matador tiene en cuenta sus propias facultades y un sitio igual para arrancar a matar a todos los toros, porque ese es el sitio que más le acomoda y más segura facilidad le ofrece.





ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

Cuando la familia es larga y se lleva bien



Lavi, y el Lillo, y Paco Oro, y el Marinero, y Agualimpia, y Rebujina, y el Loco, y el Potoco... Y qué sé yo cuántos nombres y nombres más que están pidiendo soleares y martinetes y tarantas. ¡Cante jondo! Toda una genealogía de estampas con catite y negras patillas de hacha, tumbagas, pantalón ceñido y botitas enterrizas de fina piel y alto tacón. Toda una teoría fluvial de sangre flamenca y torera—por la gracia de Dios—que, en regatos, arroyuelos, ríos, torrentes, cataratas y cascadas, se viene a verter en las venas de estos tres toreros—Fernando, Rafael y José—que en esa sobremesa se han reunido con la familia—sus dos hermanas—hijas, esposas y madres de toreros—y la señora Gabriela—la madre—, porque, aunque son muchos, se llevan bien y quieren echar un rato de palique en la tranquila paz de su patio sevillano.

Sobre ellos, como una nube cargada, pesa la

Y el señor Fernando el Gallo, con toda su sabiduría y conocimiento, y su hermano José, que le banderilleaba los toros a Lagartijó, y el Cuco, tío del otro Cuco, yerno de la señora Gabriela, y el Barrambín, rehiletero de Cúchares, y el

responsabilidad de aquellos ascendientes para los que no tuvo secretos el quiebro ni el natural ni el de pecho. Ni les pilló de susto la suerte de recibir, ni toda la teoría de las banderillas, ni el salto de la garrocha. Porque todos ellos estuvieron muy por encima de lo normal en los toros y se sintieron creadores y enriquecieron la fiesta con nuevas y originales suertes.

Por eso, los tres, al empezar a dejarse la coleta, debieron sentir la inmensa responsabilidad que se les venía encima sobre sus aun débiles espaldas. ¡Si la tenían delante! Por las paredes de su casa, en los armarios y en algún baúl, de los que viajaban poco, estarían puro en mano, bastón y traje corto, o bien ceñida la taleguilla, saludando a un público imaginario, las fotografías de aquellos hombres—sus parientes—que tanta gloria conquistaron con espada y muleta. Pero ni Fernando, ni Rafael, ni José, se amilanaron. Y “echaron p'alante”, y si brillo hubo hasta allí en la familia, chispas de puro limpio empezó a lanzar el torero escudo de la casa, desde que los tres tuvieron en la mano los avíos de matar.

Aun el más teórico de los tres—Fernando—, al que su obesidad echó de los ruedos, dejó escrito su nombre con letra muy clara en la historia familiar. Porque el que terminó en peón de sus hermanos sabía mejor que nadie del consejo oportuno y seguro, y si era necesario correr el toro a una mano, allí estaba él—¡el primero!—para llevarle, doblarle y traerle mejor que mandan los cánones. Y si había que inventar algo nuevo, algo que conmoviese a los públicos, por su gracia, por su figura, allí también estaba Fernando, que, llevado de mágica inspiración, dejaba, como el que rubrica, su gracia torera plasmada en revuelo de un capotillo o de un muletazo.

Y de los otros dos más vale no hablar. Rafael

y José son dos jalones en la historia del toro, y no vamos nosotros a descubrirlos hoy.

Y he aquí que los tres se han reunido hoy con la familia y les han tirado esta placa como recuerdo. Los tres andan por los rúelos de Dios y de España, cumpliendo con su deber, seguros de sí mismos y de merecer el beneplácito de aquellos antepasados. Y así, ninguno gasta cara de preocupación. Y Fernando, apoyado sobre el respaldo de la silla de su hermana, y Rafael—siempre rumbo—dando rumbo a su figura de medalla de bronce, en la que se echa de menos la varita de mimbre, y José—Josecito—más cerca de la madre, la señora Gabriela, que preside, no parecen estar-se retratando. Hay en todas las figuras el abandono natural de esta siesta sevillana y la despreocupación de los vencedores por los peligros que aun les esperan.

¡Nada! ¡Poca cosa! Que se ha reunido hoy la familia, y después de comer han querido echar un ratito de palique—la madre en medio—en la serena quietud de este patio sevillano.

Y para recuerdo mandaron tirar esta placa.



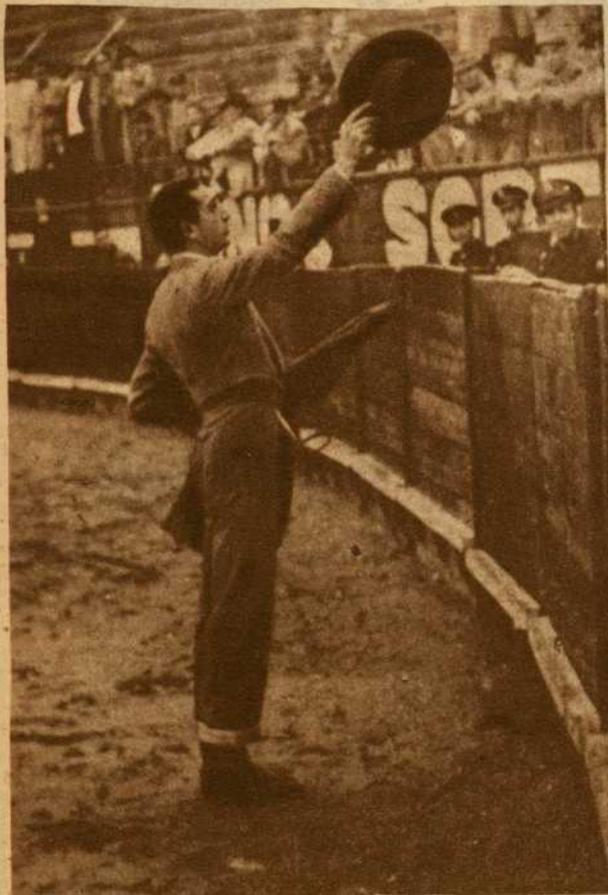
FESTIVAL BENEFICO en Jerez de la Frontera



Manolete en un pase por alto con la derecha, en el festival de Jerez. (Fotos Mari.)



Alvaro Domecq da las gracias a los comensales en el homenaje que se le tributó



Manolete, en el momento de brindar su toro



Alvaro Domecq y Manolete, antes de hacer el paseillo



El rejoneador, jerezano con El Estudiante, antes de empezar el festival



Pedro Domecq se dispone a hacer el paseillo para tomar parte en el festival

LA ROSA BLANCA



Don José María Pemán

TERMINAS hoy, Alvaro, en perfección y gracia una temporada de arte. En ella has sabido dejarte rozar el pecho, sin peligro, no sólo por los toros, sino también por los pitones de la gloria, de esa gloria de la que, como el lidiador al terminar la faena, hay que saber beber un buche y escupirla luego. Por eso los que te queremos y admiramos nos agolpamos hoy en la barrera, para

recibirte en triunfo, ileso de cuerpo e ileso de alma también, porque sabemos que, entre tantos aplausos triunfales, tú escuchaste siempre con los oídos del alma cómo te llegaban los dos mensajes que más podían colmar tu corazón: de un lado, del fondo de un barrio jerezano, un mensaje de gratitud infantil; de otro lado, de lo alto del cielo, un mensaje de aprobación paternal.

Has sabido cumplir en todo con el arte y la dignidad del caballero. Se dijo "caballero" en el léxico español como recuerdo de una época en la que el mundo era dirigido por los que lo capitaneaban desde el caballo. Desde el caballo la pelea es siempre franca, porque no cabe la emboscada ni la traición... Pero un día el mundo se apeó del caballo. La daga hizo posible el golpe por la espalda, y el arma de fuego hizo posible la emboscada invisible o el impune disparo a distancia. Desde aquel día quedó la palabra "caballero" en los Diccionarios como una evocación nostálgica de una época más pura, mientras la Humanidad, rodando por un declive moral, llegó a esta hora de los impunes asesinatos de niños y mujeres desde el aire, de las anónimas matanzas colectivas: liquidación de un mundo que dejó de ser dirigido por la viril capitania de los jinetes y empezó a ser dirigido por la astucia diplomática y política de los peatones.

De aquí, Alvaro, esa jubilosa alegría de purificación y de recobro que fué en los ruedos españoles tu aparición, paseando por las Plazas de España la vieja dignidad de la caballería jerezana. "Sonriente disimulo del esfuerzo", dice un libro clásico definiendo el ejercicio de la caballería. Y es un poco, también, la definición de

Un acto en honor del rejoneador español ALVARO DOMEQ



El escritor don José María Pemán, en el elocuente brindis

Para "El Ruedo" cuya arena
no se enfangará nunca.
Alvaro Domecq

Un autógrafo de Alvaro Domecq dedicado a EL RUEDO

Brindis de José María Pemán

Jerez. En la siesta de las andanas, en aparente quietud y pereza, se hace el vino a sí mismo. Así también, Alvaro, cuando sales al ruedo y haces avanzar tu jaca con ese "paso nadado" que se recrea en cada paso sin prisa del siguiente, como influido por la doma atávica de muchos jinetes señoriles que nunca tuvieron prisa por llegar; cuando, luego, esquivas la embestida con una geometría audaz e inteligente, parece que no haces nada, pero en tu arte va disimulado toda la larga paciencia de muchas mañanas de brega y ejercicio, pisando el rocío sobre la hierba fresca de las cañas de Jerez. ¡Sonriente disimulo del esfuerzo! Mandar con suavidad o socorrer con sencillez: la definición de la caballería y la definición de la caridad. Porque en ti, Alvaro, los públicos de España han aplaudido, sin saberlo, al Jerez de Alvar Núñez y Fortún, del Alcázar y la atalaya de San Dionisio, y también al Jerez del badajuno de Santiago, de las Hermanitas de los Pobres, de los Hermanos de la Doctrina; al Jerez que, como tú, tuvo siempre una mano para la brida de la caballería y otra para la generosidad de la limosna.

No todo son flores, sin embargo, en tu camino. Hay espinas. Las hay en todo camino que se enfrenta con el público. Yo lo sé. Lo saben estos grandes artistas que me rodean y que disimulan humildemente sus verdades, porque uno se dice Manolete cuando pudiera decirse Manolazo, y el otro El Estudiante, cuando pudiera llamarse El Catedrático... Hay espinas, porque siempre es más fácil criticar desde la barrera. Pero no importa. El que se sube en un caballo adquiere el compromiso de mirarlo todo desde arriba. El que se levanta sobre sus semejantes, ya sea sobre una montura, ya sobre una tribuna o un escenario, es como el que se sube en una tarima y toma en su mano una batuta directiva: desde ese momento ha de adquirir una paciencia infinita para las desafinaciones de la orquesta... Desde ese momento ha de hacer su tema y su programa de aquellos versos de un gran poeta cubano, que yo te recomiendo:

*Y para aquel que me arranca
esta vida con que vivo,
cardos ni ortigas cultivo:
cultivo la rosa blanca!*

La rosa blanca para todo, Alvaro. Y para ti, el rojo clavel andaluz de nuestra admiración fervorosa, en el que yo quisiera que fueran resumidos los dos premios que más pueden satisfacerte: la alegre risa de los niños de tu oratorio y la sonrisa satisfecha de don Juan Pedro Domecq.



Manolete



El Estudiante



El Estudiante



Miguel del Pino



Manolete y Antoñito Muñoz

EN LA BARRERA, bajo la lluvia



CAYO torrencialmente el agua en el festival de Jerez de la Frontera, celebrado el 26 del pasado; pero con más fuerza cayeron sobre los espectadores el valor de El Estudiante, el arte singular de Manolete, la decisión

Los diestros se amparan de la lluvia bajo los capotes

y el arrojo de Miguel del Pino, la recia voluntad de Pedro Domecq y las incipientes taurinas de Antoñito Muñoz, el hijo de Carnicerito, que componían el atractivo cartel.

Del gran rejoneador don Alvaro de Domecq sólo nos fué posible admirar su arte a caballo, sobre Escándalo, al hacer el paseo frente a las cuadrillas de los mentados lidiadores. El ruedo, convertido en un lago, hizo imposible su actuación.

El Estudiante, de quien Pemán ha dicho que debería llamarse "catedrático", a un berrendo en negro de Guadalet hizo una faena completa, que comenzó con tres pases ayudados por alto, con las dos rodillas en tierra, mejor dicho, en agua, que fué premiada con la oreja de su enemigo.

Manolete, de quien también Pemán ha dicho que no sabe por qué no se llama "Manolazo", toreó como en sus mejores tardes—y no se olvide que las tardes de este torero siempre son buenas—a otro Guadalet, que se fué sin oreja al desolladero.

Miguel del Pino, el pundonoroso diestro del Puerto de Santa María, *nadó* en aquel mar que era ya el ruedo, a la vez que su novillo de Gallardo, para alcanzar también con justicia el premio de la oreja.

El aficionado don Pedro de Domecq prodigó los pases naturales y de pecho con la seguridad y el arte reservados a los grandes diestros.

Y el jovencísimo Antoñito Muñoz—apenas tiene catorce años—demostró, con capote y muleta, su gran clase torera, que pronto podrán contrastar los aficionados en los ruedos de España. Como don Pedro y los anteriores, cortó la oreja de su novillo.

Desde el principio del espectáculo, una parte del público se refugió en palcos y gradas; otra parte, sin protección de paraguas ni gabarlinas, abandonó los tendidos definitivamente, y otra aguantó impasible en su puesto la lluvia torrencial.

J. F.

PANORAMA TAURINO DE MEJICO

En todo su territorio existen 85 plazas, con una capacidad que oscila entre 2.000 y 25.000 espectadores

En la de El Toreo—la más importante—se inicia la temporada oficial, a mediados del mes de noviembre

Hay más de un centenar de ganaderos llamados de reses bravas, pero en realidad, solamente unas treinta ganaderías están cuidadas y tienen cartel



Exterior de la Plaza de El Toreo

Los toreros españoles han reanudado sus actuaciones en Méjico después de ocho años de ausencia de los ruedos del país hermano, ausencia lamentable y lamentada por todos los hombres de bien de aquende y allende el Atlántico. Dejando a un lado las razones y querrelas que en 1936 cortaron el tradicional intercambio de figuras de la tauromaquia española y mejicana, vamos a ofrecer a nuestros lectores una nueva visión del panorama taurino de aquel país: de la afición, de sus plazas de Toros, de sus ganaderías. La ocasión no puede ser más adecuada. En la temporada oficial que allí acaba de comenzar, cinco matadores de toros españoles han ido a la hermosa tierra mejicana en embajada de arte, de amor y de comprensión. Quiera Dios que el éxito les acompañe en su labor para bien de la fiesta nacional y, sobre todo, para el acercamiento y entendimiento de los hombres que hablan, rezan y sienten en el mismo y noble lenguaje de la raza hispana.

EL PÚBLICO DE LOS TOROS EN MEJICO

La temporada oficial de corridas de toros suele comenzar en Méjico en los últimos días del mes de noviembre de cada año, y concluye a fines de abril. Casi seis meses. El resto del año se sigue toreando; pero ya solo se suelen dar novilladas y festivales.

Es un hecho comprobado que en Méjico hay—como en ningún otro país americano—una extraordinaria afición a los toros. Buena prueba de ello es que en todo su territorio hay un total de 85 plazas de toros con una capacidad de cabida que oscila entre los 2.000 y los 25.000 espectadores. El público que llena las plazas es en Méjico mucho más apasionado, si cabe, que en nuestros propios países taurinos. Las reacciones del público son siempre más definitivas, más extremadas. No se producen nunca en término medio. O se entregan y ovacionan entusiástica, delirantemente, o abroncan a los toreros hasta el escándalo. En las reseñas taurinas no se conoce ese resumen del final de cada toro, tan corriente en nuestros revisteros, de silencio. O son ovaciones, aplausos, o son pitos o broncas.

En todas las grandes plazas como las de Méjico capital, San Luis de Potosí, Guadalajara, Mérida (en Yucatán), Tampico, Tijuana, Torreón y otras, cuya capacidad es superior a los 10.000 espectadores, existe lo mismo que en las principales de España: una más o menos amplia minoría selecta de aficionados entendidos. Lo que pudiéramos llamar la cátedra. Pero, también igual que aquí en nuestra Patria, la mayoría de los espectadores son más apasionados que entendidos. Lo que los diferencia, sin embargo, es el grado de exaltación, que en aquellos públicos es mayor. Un hecho característico que refleja esta exaltación y que lo hemos

oído contar varias veces a matadores, banderilleros, picadores y mozos de espadas que por allí han ido, es el siguiente: En aquellas plazas, al sonar los clarines, abrirse el portón e iniciar las cuadrillas el paseillo, la plaza entra estalla en un gigantesco y unísono clamor de gritos y algarabía que sorprende y sobrecoge a los que por primera vez actúan, aun a pesar de estar advertidos. Es una verdadera y tremenda explosión de entusiasmo general porque comienza la corrida, pero más parece como inmenso alarido de queja o protesta, sobre todo para el debutante.

Luego se dan también en los públicos mejicanos—de manera más acusada y aguda que en nuestras plazas—los grupos de apasionados partidarios de uno o varios toreros determinados. Así, por ejemplo, en la plaza de El Toreo, en Méjico capital, hay un núcleo de 5.000 a 6.000 personas que se sitúa en un sector de los tendidos de sol y que se titula «La Porra» desde tiempo inmemorial, que van a chillar y protestar todo cuanto hagan los toreros de los que no son partidarios, y aplauden y ensalzan hasta el delirio los hazañas de sus favoritos. Y algo semejante se conoce en casi todas las capitales con plazas de cierta importancia.

CARACTERÍSTICAS DE SUS PLAZAS

En Méjico, como ya hemos dejado dicho, hay un total de 85 plazas de toros. Pero en realidad, con categoría y capacidad, con un regular número de festejos al año, no pasan de veinte.

Aparte de las cuatro plazas que existen en Méjico capital—El Toreo, con 25.000 espectadores de capacidad; Merced Gómez, con 7.000 localidades; Vista Alegre, con 7.500, y La Rosa, con 4.000—, sólo hay otras quince o dieciséis plazas más en que se den varios festejos taurinos o hagan temporada o ferias. Con más de 10.000 espectadores de capacidad no hay más que siete—ya citadas más arriba—. En Guadalajara hay dos plazas, la de La Lidia, con 10.000 espectadores de cabida, y El Progreso, con 7.500. De las restantes hay tres con 8.000 localidades de cabida, siete con más de 7.000, dos con 6.000, seis con 5.000; catorce con 4.000, doce con 3.000 y siete más con 2.000 ó 2.500 espectadores de cabida. Las que faltan hasta completar la cifra de 85 plazas existentes, tienen cabidas menores a los 2.000 espectadores.

A excepción de unas veinticinco plazas, en las demás puede decirse que sólo se da un festejo taurino o dos el año, con ocasión de la fiesta o la Patrona del lugar. En las otras plazas, en las importantes, sí. En El Toreo se inicia, por decirlo así, propiamente la temporada oficial de corridas de toros a mediados de noviembre. Tras ésta plaza, la primera de Méjico y la de mayor cabida del mundo—su aforo oficial es de 25.000 espectadores, pero en las grandes ocasiones entran hasta dos y tres mil espectadores más, gracias sobre todo a la azotea que rodea el coso—, siguen las citadas de Guadalajara, Potosí, Mérida, Tampico, Tijuana, Torreón y alguna más, que suelen dar festejos todos los domingos y fiestas durante el tiempo de temporada.

GANADERÍAS BRAVAS

Y echemos, finalmente, una ojeada al ganado bravo que paeza en los prados mejicanos. En Méjico hay más de un centenar de ganaderos titulados criadores de reses bravas. Pero el hecho cierto es que solamente hay unas treinta ganaderías bravas cuidadas y con cartel.

El resto puede afirmarse que se trata de morucheros, trantantes y compradores de desechos de las ganaderías bravas auténticas.

De las treinta ganaderías de reses bravas merecedoras de atención, las más importantes son las de «La Laguna», «Xajay», «Piedras Negras», «San Mateo», «Atenco» y «San Diego de los Padres», «Torrecilla», «Zacatepec», «Zotoluca», «La Punta» y pocas más.

Todas éstas son propiedad de verdaderos cuidadores de la cría y selección, de bravura y presentación. Todas ellas están formadas con vacas y sementales españoles y algunas con cruce de reses eriolas. Alguna de ellas tiene casi dos siglos de antigüedad, como «San Diego de los Padres», aunque, naturalmente, se ha ido refrescando con sementales españoles periódicamente.

Las reses de la ganadería de «La Laguna» tienen la divisa roja y negra.

Su antigüedad con este nombre es de 1908, pero procede de la antigua y famosa ganadería de Tepeyahualco, ligada en el siglo pasado con un semental de don Eduardo Ibarra y posteriormente con sementales de Piedras Negras y Saltillo.

«Xajay» o «Xaxay» tiene divisa verde y roja. Fue fundada en 1923, pero procede de sementales de Saltillo y Parladé. Pese a su breve historia, esta ganadería ha dado una larga relación de toros de bandera, y en la Feria Mundial de Nueva York, los primeros toros lidiados fueron de esta ganadería y dieron magnífico juego.

«Piedras Negras» ostenta los colores tabaco y oro en su divisa. Fue fundada en 1870 con ganado bravo criollo de San Cristóbal de la Trampa y toros españoles sementales de Benjumea, Miura y Murube. En 1908 cruzó con Saltillo. Su propietario, don Villulfo González, es poseedor también de la ganadería «La Laguna».

«San Mateo» es otra de las más acreditadas. Su divisa es rosa y blanco. Está formada a fines del pasado siglo con ganado criollo de casta. En los años 1908, 1910 y 1911 se refrescó la sangre de esta ganadería con vacas y sementales de Saltillo.

«Eliazar Gómez» es otra de las buenas ganaderías bravas. Con divisa negro y blanco, fue formada en 1933 con reses escogidas de Jalpa, cruzadas con «San Mateo» y un semental de «Xajay». Recientemente ha sido ligada con sementales de «San Diego de los Padres».

«Atenco» y «San Diego de los Padres» son quizá las ganaderías de más solera que hay hoy en Méjico. «Atenco» es, desde luego, la más antigua; su divisa es azul celeste y blanca y procede de reses de origen navarro, cruzadas años después con sementales y vacas de Pablo Romero. «San Diego» se remonta su antigüedad a 1848 y su origen es el de «Atenco», cruzada con sementales de Saltillo.

«Zacatepec», con divisa plomo y rojo, está formada en 1928. Es oriunda de San Cristóbal de la Trampa, cruzada con sementales seleccionados de «San Mateo».

«Zotoluca» se remonta a 1898. Se formó con reses oriundas de San Cristóbal y cruzó posteriormente con Saltillo, Veragua y Miura.

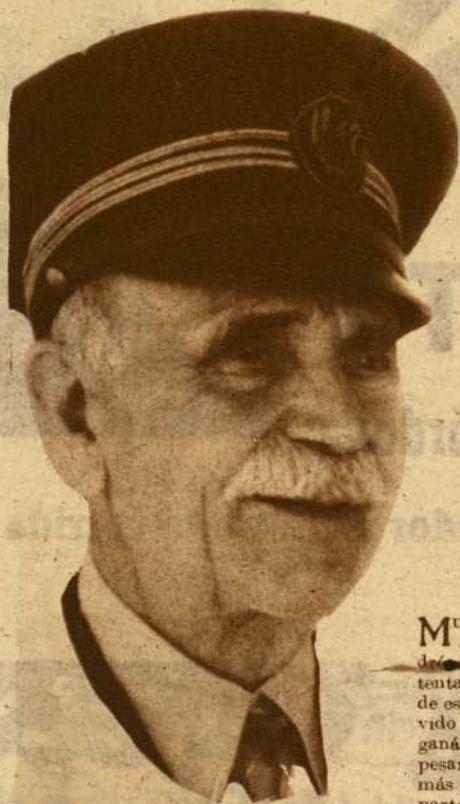
«La Punta», que tiene divisa gris, roja y oro, fue formada en 1927 con reses de Parladé y Gámero Cívico.

El toro bravo se da en todas las regiones de Méjico y las reses llevadas de España se aclimatan perfectamente y dan sus productos con las mismas características que en España.



Un charro mejicano en un par de banderillas a caballo

LOS VIEJOS DEL RUEDO



ANDRÉS LORENZO ES EL DECANO DE LOS RECIBIDORES DE LA PLAZA

Para no perder las corridas prefería no comer y se llevaba un talego con pan y uvas, que le servían de alimento durante todo el día

MUY viejecito es ya este Andrés Lorenzo, menudo y vivarachó, cuya edad, de no confesarla él, difícilmente podría calcularse. Porque Andrés es uno de esos viejecillos acartonados que lo mismo pueden tener setenta años que un siglo. Sus blancos cabellos lo aureolan de esa simpatía y de ese respeto que hace siempre venerable la figura de un hombre que ha vivido mucho y que, no obstante, sigue impávido e invencible en la brecha ganándose el pan nuestro de cada día con el sudor de su frente. Andrés, a pesar de todo, no ha podido todavía jubilarse ni redimirse del trabajo—además de recibidor de la Plaza es funcionario público—, cosa que, por otra parte, a él parece complacerle bastante. Si no las energías físicas, los entusiasmos de Andrés para sobrellevar la lucha por la vida son de mozo y de mozo fuerte y bien templado. Cada día de corrida él acude a su puesto como el primero; y como el primero cumple con su deber escrupulosa y denodadamente. En lo que a la fiesta de toros respecta, puede influir mucho su afición. Andrés ha sido capaz hasta del sacrificio por no privarse de su espectáculo favorito. Ese hombrillo de edad indefinible ha dado lecciones de consecuencia a los más decididos y entusiastas, y sin prevaricaciones ni desmayos sigue en la brecha como el primer día y hasta que se muera, a no ser que algún achaque de vejez lo inhabilite antes de tiempo, como él mismo dice zumbonamente.

—Pero, ¿cuántos años lleva usted al servicio de la Plaza?—le preguntamos, suponiéndole anterior a la misma fiesta de toros.

—¡Bah! No crea usted que son muchos, después de todo—se apresura a contestar adivinando nuestros pensamientos—.

Sólo llevo cuarenta y cinco años de recibidor, y esta cifra, claro está, si se compara con la eternidad...

—Se ve que usted ha sido y sigue siendo un gran aficionado, ¿no es así?

—Claro que lo soy. De muchacho padecí lo que en mi época se llamaba el «sarampión nacional», esto es, el gusto y la afición por los toros. Nosotros no leeríamos biografías de estrellas del cine y novelas de aventuras como ahora leen los muchachos; pero lo que es periódicos y revistas taurinas y biografías de toreros, ¡quite usted allá!, nos volvíamos locos y nos gastábamos cuanto dinero caía en nuestras manos por obtenerlos.

—¿Toreó usted alguna vez?

—En serio, y por desgracia, nunca, señor. Recuerdo que organizábamos los muchachos de cada distrito y barriada—como los chicos actuales hacen con los partidos de fútbol—magníficas corridas de toros en los campos y solares—que eran innumerables en el mismo casco urbano y en el extrarradio de la ciudad—, y a ellas soñan acudir grandes masas de un público desocupado y divertido, que al mismo tiempo era inteligente y entusiasta de la fiesta, y que nos jaleaba y aplaudía como si se tratara de auténticos y fenomenales toreros y toros.

—¿Cuáles eran las características de aquellas «corridas»?

—La más perfecta e inquebrantable simulación en todos los pormenores y detalles. Por ejemplo, el que hacía de toro, durante el tiempo que empujaba el «carretón» era un auténtico toro, y no hubiera accedido a cambiarse por el más célebre de los personajes por todo el oro del mundo. Y no le digo a usted los que hacíamos de toreros, especialmente los matadores. Investidos de nuestra categoría y responsabilidad, conscientes de nuestro papel, desafiábamos con fiereza y gallardía a todo el mundo: a los toros, a los otros toreros y al mismo público.

—Necesariamente tenía que ser divertido el espectáculo.

—No lo sabe usted bien. Ya ve cómo sería, que teníamos siempre nuestra presidencia, constituida generalmente por unas mocuoselas que eran las novias de los toreros. ¡Con decirle a usted que algunas se presentaban en el solar con peinetas y mantillas!

—Y había «hules» en aquellas corridas?

—Ese era nuestro mayor deseo y nuestro mayor orgullo; que lo hubiera. Cuando salíamos de la «plaza» renqueando—en brazos de las asistencias—o con la cabeza vendada, la comparación con el Cid Campeador nos hubiera parecido insignificante. Pero lo que acababa de colmar nuestra felicidad y nuestro entusiasmo era oír el grito desgarrado de nuestra manola en el momento del percance y ver cómo se llevaban el pañuelo a los ojos angustiadas y llorosas. Durante toda la semana siguiente el herido o el triunfador eran los héroes del barrio. Y, por descontado, los que enamoraban a las novias de todos los demás.

Hablando después en presente, Andrés Lorenzo, que durante un buen rato ha recordado sus lejanos tiempos de muchacho con acentuada emoción, nos va narrando muchas cosas de toros. Es natural que atesore un caudal inagotable de recuerdos y que su réplica a nuestras preguntas esté pronta y fácil.

—¿Qué torero de cuantos conoce le ha emocionado más?—le preguntamos nuevamente.

—Ricardo Torres Bombita—responde sin vacilar—. Era un torero completo: viril, simpático, inteligente y pundonoroso. Como el también inmenso Joselito, jamás daba la sensación de que hubiera de ocurrir algo desagradable cuando él toreaba. Elegante y sereno. Bombita se conducía ante los toros sin descomponerse ni perder aquel admirable dominio personal que lo caracterizaba. Más que en un ruedo, Ricardo parecía estar en un salón haciendo una demostración de torear para los amigos. Y siempre aquella sonrisa suya, que parecía significar, cuando miraba al público: «Señores, no pasa nada... No asustarse...»

—Y después de Ricardo?

—Sus dos hermanos, Emilio y Manolo. No vaya usted a creer por esto que a mí me ha cegado nunca la pasión y que era «bombillista» por fanatismo. Nada de eso. Pero, amigo, los vi torear una tarde a los tres juntos, precisamente después de algunas corridas segundas sin nada importante que mencionar, y no quiero decirle.

—¿Buena corrida la de los Bomba?

—Colosal y archimaravillosa. Se miraban los tres hermanos y se sonreían entre ellos, como diciéndose el uno al otro: «Ahora verás.» Y, en efecto, demostraron al público lo que el público ya sabía; pero en aquella ocasión corregido y aumentado, como pueden hacerlo tres grandes toreros que aquella tarde quisieron dar la nota y superarse.

—Dada su edad, ¿le produce muchas molestias el cargo?

—No ahora porque soy viejo, sino siempre me ha dado bastante que hacer. La lucha con el público siempre es pesada y no quiero decirle a usted, por ejemplo, los días de lluvia. Yo, veterano ya en estas lides, lo soporto todo bien, y espero vivir muchos años todavía para seguir en mi puesto... y aguantando.

Al hablar de los toreros más cerca de nosotros e inmediatamente después de Bombita, Andrés elogia sinceramente a Joselito y a Belmonte, que sustituyeron en su entusiasmo de buen aficionado a su primer ídolo.

—Dos grandes toreros—subraya—que difícilmente podrán olvidar los que aman y sienten la fiesta de toros.

—En conjunto, ¿qué le parece a usted dicha fiesta?

—La más grande y la más hermosa del mundo. Yo he oído sobre esto muchos y muy encontrados pareceres: que si la muerte de los caballos, que si el horror de la sangre, que si la insensibilidad del público... Monsergas, amigo mío. No hay más que una verdad sobre todo esto: la fiesta de toros es grande y hermosa. Es española y sola y únicamente digna de España...

JUAN DE ALCARAZ

TOREROS CELEBRES

Nuestra contraportada Ricardo Torres, Bombita



NACIO Ricardo Torres en Tomares (Sevilla) el 20 de febrero de 1879, y murió en dicha capital andaluza el 29 de noviembre de 1936.

Entró, siendo niño, de aprendiz en una imprenta, y ya adolescente, cuando había alcanzado la categoría de oficial ca-

jista, animado por el ejemplo de su hermano Emilio, fundador de la dinastía torera de los Bombita, decidió ser torero.

Comenzó a torear por Plazas andaluzas y levantinas, formando pareja con Juan Domínguez (Pulguita Chico), y con éste se presentó en Madrid, como novillero, el 7 de marzo de 1897. Se separó poco después de Domínguez y fué pronto lo que hoy llamamos novillero puntero. Continuó torearando novilladas con éxito en las temporadas de 1898 y 1899, y al finalizar ésta, el 24 de septiembre, fué doctorado en Madrid por el Algabéño, que le cedió el toro Cachucho, de Ve-ragua. Alternó con los dos citados el diestro Dominguín.

Logró pronto escalar uno de los primeros puestos entre los matadores de toros. En 1901 ya toreó 57 corridas y siguió como primera figura hasta el 19 de octubre de 1913, fecha en la que toreó su corrida de despedida, a beneficio del Montepío de Toreros, por él fundado. Fueron los toros lidiados en tal ocasión de la ganadería de García de la Lama, y el último que estoqueó Ricardo Torres se llamaba Cigarrón. Torearon con Bombita II: Rafael el Gallo, Regaterín y Joselito. Ricardo Torres toreó y mató muy bien; pero el éxito grande lo obtuvo en tal corrida Joselito.

Se asegura que la aparición en los ruedos de Joselito determinó la retirada de Bombita II. Es muy posible que ocurriera así. Reconociendo, como se reconocían, en Bombita méritos excepcionales, entre los que eran muy de tener en cuenta el valor, la maestría y la simpatía personal, no se puede negar que mientras él ocupó, con Fuentes y Machaquito, uno de los primeros puestos de la tauromaquia, el toreo, desde 1900 a 1903, pasó por una época de crisis. No hubo en aquellos años, aunque los cronistas taurinos de entonces aseguraran lo contrario, figuras de primer orden.

Supo dominar a toda clase de toros. Su repertorio con el capote fué amplísimo; con las banderillas se adornaba mucho; con la muleta llegó a ser un maestro, y con el estoque no pasó de mediario. Todas las deficiencias de su toreo las suplió con la alegría y el valor característicos que imprimía a todas las suertes.

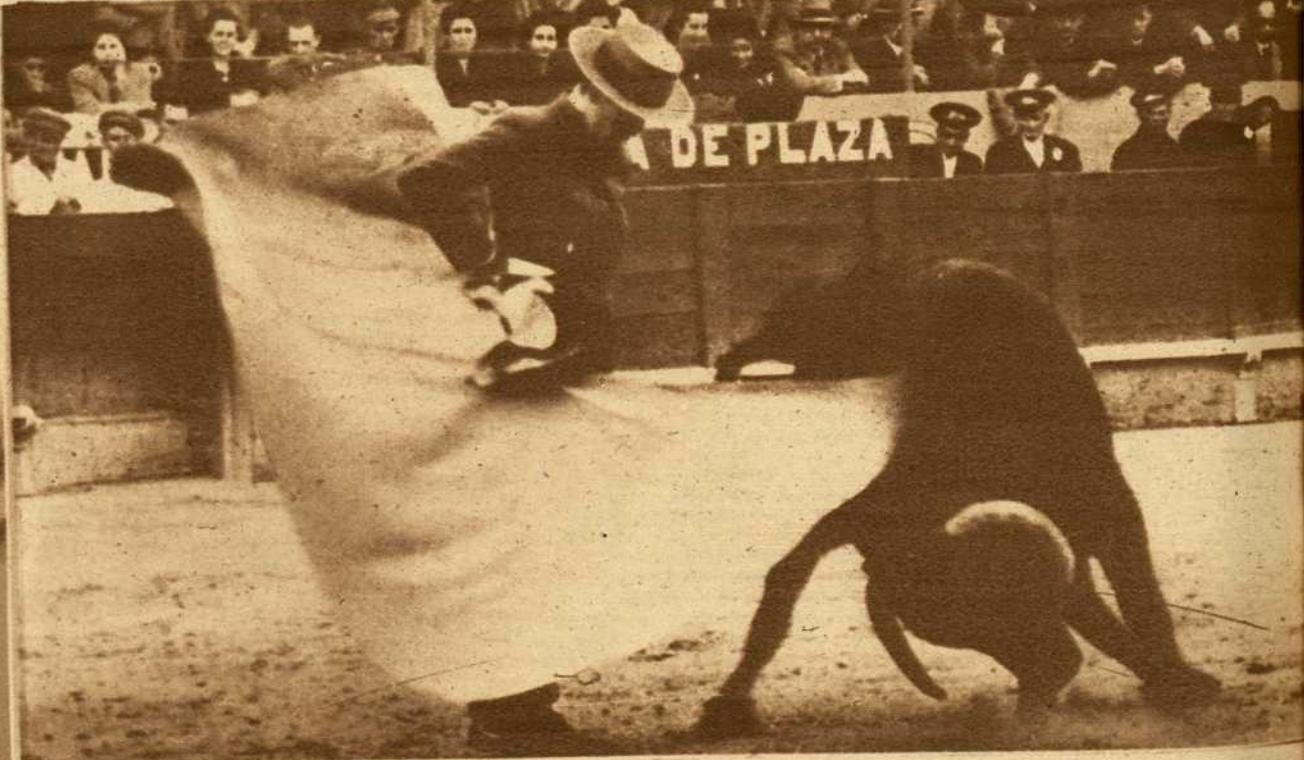
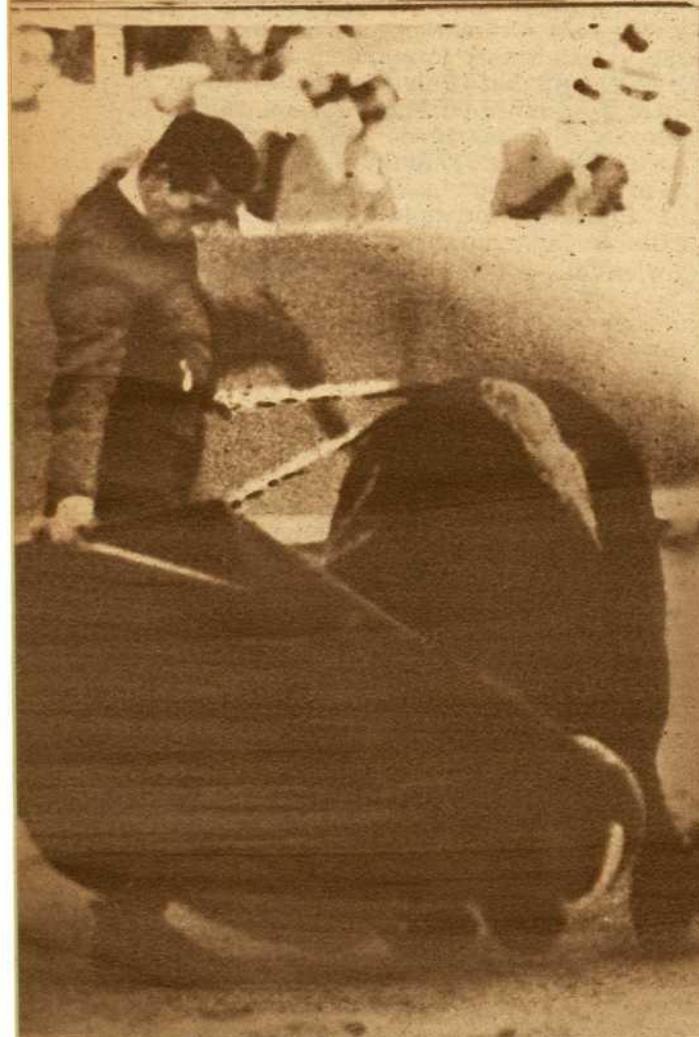
Sufrió veintisiete cogidas, que no menguaron su valor. Por esta causa sólo toreó diecisiete corridas en cada uno de los años 1911 y 1912.

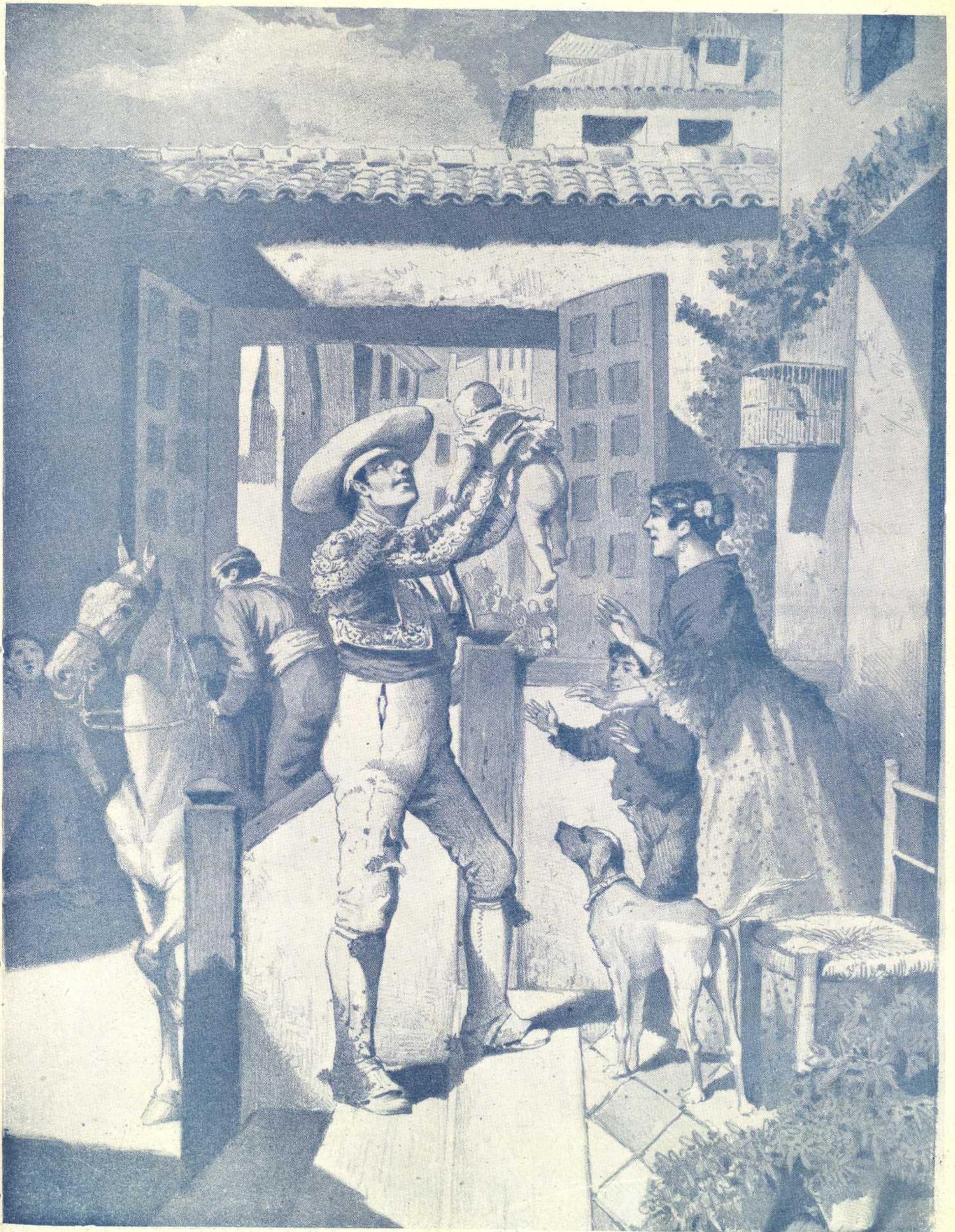


MANOLETE

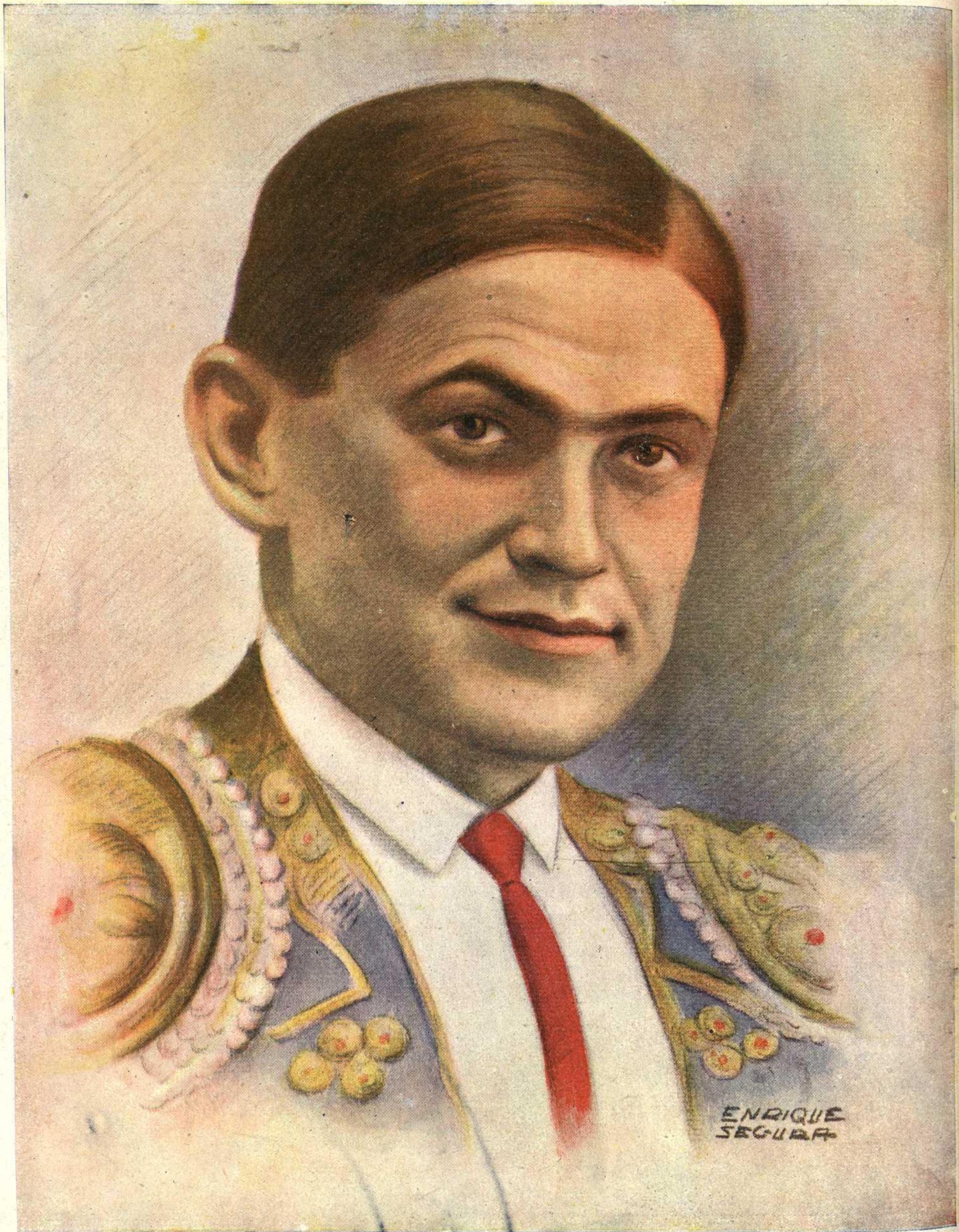
en el festival del domingo en Córdoba

Varios momentos del popular matador durante la corrida
(Fots. Mari)





La vuelta de la Plaza
(Dibujo de Perea)



Toreros célebres: Ricardo Torres Bombita